



RECUERDOS DE SAL

EN LA ARENA

DISTRITO ASLOCH

**una historia de cyberpunk mesetarian
gracias a Zarpitas por esta maravillosa novela
gracias por este mundo tan bien creado
gracias por confiar en la distri
ahora a leer, que en breves esto será realidad...**

Primera parte: Recuerdos de sal en los labios

Bajo la lluvia ácida

Siempre llovía en esta época del año. Los vientos traían nubes negras, densas como el humo de la industria y se mezclaban con la contaminación local, formando un pequeño clima caprichoso y molesto que sólo terminaba cuando una ráfaga de aire nueva expulsaba a la anterior. A veces, eso eran buenas noticias. Otras, sin embargo, eran el anuncio de una calima pesada que se asentaba sobre toda la región, dejando medio metro de arena en las calles. A veces, si el viento era demasiado intenso, las personas sufrían quemaduras en la piel y muchas prótesis, sobre todo aquellas de baja calidad, se atascaban o sufrían daños internos. Por eso, cuando la marea anaranjada comenzaba a acercarse a la ciudad, los techies sonreían de oreja a oreja sabiendo que ese mes, si había suerte, podrían comer comida real.

Bajo un chubasquero plástico, Nina Walcott observaba en silencio el cuerpo que tenía delante, o lo que quedaba de él, mientras los médicos alejaban a los curiosos y trazaban un perímetro. A pesar de estar cubierto por la capucha, las luces led moradas recorrían el pelo de la investigadora, que ahora buscaba a su alrededor a la persona encargada del papeleo. No tardó en aparecer por allí. Bien vestido, con el traje cedido por la compañía, dos operativos de seguridad a sus espaldas y una Tablet en la mano para firmar todos los documentos necesarios. Se acercó a saludar, frío y formal. Nina suponía que les pagaban por mantener aquella pose, ya que era imposible que todos los que trabajaban en esa mierda de empresa fuesen así de estirados. Se ahorró sus comentarios y simplemente inclinó la cabeza.

— Me alegro de verte, señorita Walcott. Espero que te llegase bien la transferencia del último mes — Sin mirarla, el corporativo pasaba documentos uno detrás de otro, dando su aprobación y firmando papeles que casi no leía. Nina detectó un sutil tono burlón en aquella frase.

— No me jodas, Marcos, no tengo el día. Fue bastante menos de lo esperado, tuve que aplazar algunos pagos por vuestra culpa.

Capullo. Deseaba terminar así la frase, pero por el bien de su futuro laboral, sabía que era mejor mantener la boca cerrada y aguantar el oleaje, viniera como viniera. Él la miró, pero no dijo nada. Hizo un gesto de indiferencia con los hombros y le dio la Tablet a un ayudante que había llegado corriendo, con un cigarro y un encendedor. A Nina siempre le gustaba ese detalle, era algo tan simple, pero a la vez tan importante... la gente se dejaba todo el dinero posible en cuidarse, en comer sano, pagar terapias o implantes cuando las cosas iban mal, pero algunos pocos podían permitirse el lujo, el verdadero lujo, de destruirse por dentro con algo tan nocivo como alquitrán y nicotina. Y no es que los pulmones fuesen un órgano barato de fabricar. Los alcohólicos lo tenían algo más sencillo, pero los fumadores... la verdadera élite.

Ella seguía observando el cadáver, una pulpa de carne sobre el polvoriento suelo de un parque de containers metálicos que se desarrollaba salvajemente por las afueras de la ciudad, algo antes de los campos solares. Una vez que los fotógrafos terminaron de trabajar, empezó ella.

— ¿Quién es? No es que así sea muy fácil reconocerlo, la verdad... — Un archivo llegó a su nube personal con todos los datos de la víctima.

Carlos García, un tipo de contabilidad. Su ficha era escasa, sin nada destacable. Más de diez años en la empresa, buen sueldo y servicios médicos y de seguridad. Sin familia ni hijos, pero aficionado a pasar las noches en sitios de, como dirían en las salas de juntas, dudosa moralidad. Nada más leerlo, Nina lo tuvo claro, un corpo de libro que se había metido en problemas. Marcos seguía fumando a su lado, mientras la lluvia y el barro resbalaba por su ropa inteligente.

— Vamos a empezar con lo básico, Marcos... ¿Tenéis algo que ver vosotros? Porque sinceramente, no pienso perder el tiempo investigando un asesinato que Progreso ha realizado contra uno de sus empleados... otra vez. — Nina no pudo evitar sonreír con cierta superioridad moral mientras pronunciaba aquellas palabras.

— Le recuerdo, señorita Walcott, que por contrato tiene usted prohibido hablar de cualquiera de esos temas. Si sigue por ese camino, me verá obligado a tomar medidas legales contra usted. — De nuevo, frío. Implacable.

Los abogados, pensó Nina. Si algo les ponía a los corpos más cachondos que las dosis de dios— sabe—que droga sintética, eran los abogados. Y los operativos encubiertos. Amaban a esa gente.

Eran su herramienta para salirse con la suya. Pasó de pregunta.

— No es buen sitio para alguien de vuestro grupo social. Aquí no hay más que bandas y criminales. Si lo de tu empleado ha sido por un asunto de drogas, no podré hacer nada y lo sabes. — Por primera vez en lo que llevaban juntos, Marcos la miró directamente.

— Ojalá sea así. Nos ahorraremos bastante dinero en compensaciones, aunque por lo que veo tenía pocas cosas que pagar, y no muchos familiares cercanos. Si el accidente ha sido por otros motivos, entonces.... Bueno. — El corporativo se quedó en silencio.

Nina no era forense, pero había visto bastantes cadáveres en las calles como para tener alguna idea de qué tipo de arma había dejado a Carlos García, un chupatintas de despacho, convertido en una masa de carne y huesos astillados que se humedecía bajo la lluvia semiácida y se mezclaba con el polvo de la calle. Algo pesado, sin duda, una escopeta o lanzador de metralla.

Examinó los restos detenidamente, mientras las gotas de lluvia hacían una arrítmica melodía sobre la capucha de su chubasquero. En aquella pulpa carnosa no había clavos, tachuelas o similar. Las heridas eran demasiado profundas para haberse hecho con un arma improvisada, por lo que tenía que ser de tipo militar. Un par de pequeños chispazos de luz en su ojo derecho confirmó que las fotografías se habían realizado correctamente, así que las mandó de inmediato a su ordenador personal para verlas más adelante. Marcos seguía firmando papeles, documentos legales en su mayoría, hasta que terminó. Se despidió de ella con un formal apretón de manos y la petición de que le informara en cuanto supiese algo. Ella no dijo nada. Después, el corporativo se subió con su ayudante

y los dos operativos de seguridad a un coche negro, blindado, con los cristales tintados y salieron de allí rápidamente, dejando dos huellas de neumáticos en el recién formado barrizal que empezaba a cubrir la zona.

Los médicos terminaron de recoger los restos, se subieron en su despegue vertical y se alejaron, salpicando con el aire de las hélices a los curiosos que se habían acercado a la zona. Nina se vio reflejada en un charco rojo que se iba diluyendo mientras la lluvia caía, resopló y buscó alguna cara demasiado desinteresada entre la multitud para comenzar su interrogatorio. Suavemente, con la mano derecha, quitó el seguro de su Jasper III y dejó el revólver descansando en su funda, sin miedo a utilizarlo si las cosas se ponían demasiado feas.

Total, las balas las pagaba Progreso.

El cruce

A Nina le gustaba El Cruce. Era un bar principalmente de inmigrantes, para gente como ella, que la Meseta le resultaba extraña, por muchos años que llevase en ella. Además, los grupos nómadas siempre solían pasar por allí, lo que lo hacía un gran lugar para encontrar rumores, transporte y contrabando. Pero lo que ella disfrutaba más que nada era poder hablar inglés fluido, dejarse llevar por su propia lengua sin tener que estar pensando si utilizaba bien o no algunas expresiones. Moviéndose bajo el ritmo de un neoswing bien tocado por la banda que se encontraba al fondo del bar, pidiendo dinero entre canción y canción, Nina se acercó a la barra y se sentó. La camarera, una chica llamada Bel, se apoyó a su lado resoplando con cansancio.

— Si te cuento mi día, querida... — Abrió bien los ojos, como extrañada por algo y acercó una servilleta a la mejilla de Nina. — Aunque veo que no tan mal como el tuyo. Me alegra verte de una pieza... ¿qué ha pasado?

La camarera dejó una servilleta, manchada de sangre sobre la barra. Nina se rió sin querer, con sinceridad.

— Tuve un problemilla con unos tipos, allí, en la barriada de containers que queda hacia el norte. Nada serio, pero hubo que bajarles los humos. Esta vez fui más rápida.

Desenfundó el Jasper con un gesto rápido y elegante y lo dejó sobre la barra. Bel la miró con cierta preocupación.

— Esta vez, esta vez... No me gusta nada que trabajes para esa gente, Nina. No hacen más que meterte en problemas.

— No te preocupes. Además, no seas falsa, te he visto disparar en la cara a gente dentro de este bar por menos — Mientras hablaba, Nina fue pasando los ojos por las botellas que había tras la morena, casi hipnotizada por los colores que se reflejaban en los cristales. —Oye, ¿tienes agua limpia?

Bel comenzó a examinar todas las botellas. Por su espalda, casi a la vista por el top de camuflaje, corrían finas líneas de luz similares a los circuitos de

una vieja placa base, que iban cambiando de color cada pocos segundos, aunque solían mantenerse constante en un blanco puro, casi angelical.

— No queda. Tenemos alguna con algo menos de pureza, los filtros han estado trabajando durante las últimas horas, pero es lo mejor que hemos podido conseguir. Si quieres esperar a mañana, puedo reservarte algo, si esta noche la lluvia se mantiene estable.

Nina no pudo evitar un pequeño gesto de decepción, así que Bel le acercó un vaso frío y lo llenó de un fermentado que olía a rosas.

— Pero tengo siempre tu favorito. Tu amiga Bel siempre piensa en ti.

Sonriendo, Nina dejó varios billetes sobre la mesa. En El Cruce la gente prefería pagar en efectivo. Por los negocios que se hacían en el interior, a veces era mejor no dejar rastro y la costumbre se fue expandiendo a todo tipo de transacciones. A veces la gente dejaba tarjetas cargadas, pero no mucho más. La banda había dejado de tocar y una ronda de aplausos llenó el bar en su totalidad. El silencio fue sustituido por las conversaciones, las risas y las discusiones, casi a partes iguales. Nina se quedó observando las paredes, cubiertas de mapas, señales y recuerdos que los habituales del bar dejaban allí. Muchos, por puro fetiche, otros, con la esperanza de que alguien que viniese detrás pudiese encontrarles más adelante. A Nina siempre la fascinaba el mismo, un lugar que no reconocía, con un gran círculo rojo y una nota que decía medicinas aquí.

Mientras bebía, aprovechó para meter en el tambor las balas que faltaban y con un gesto de muñeca, volvió a colocarlo en su sitio, escuchando el característico clack del revólver al estar cargado de nuevo. Repasó su correo, que por fortuna eran poco y vio un par de videos que le habían llegado con las noticias locales. La muerte de Carlos García ocupaba los titulares de algunos noticieros corporativos, pero en el resto de redes no se hablaba del tema. Intentó acceder a los foros criminales, pero su ID no le permitió el acceso. Igual debería cobrarse un favor. Tras descartar varios anuncios de publicidad personalizada, decidió volver a casa, frustrada por los escasos avances de la noche.

Un equipo de limpieza estaba retirando un cuerpo de la entrada del hotel. La calle apestaba a desinfectante y a basura. A Nina le pareció ver un par de ratas grandes corriendo por la acera, pero prefirió no pensar en esa imagen. Entró sin interesarse mucho por lo que había pasado, porque la primera vez es algo novedoso, pero la tercera o la quinta solo significa que habría una habitación libre en cuanto el propietario vendiese las pertenencias del inquilino anterior.

El lobby no ofrecía demasiado a estas horas de la noche, más allá de los habituales que cerraban negocios como si fuese su oficina o algunas almas que habían salido a pescar desesperados por satisfacer los placeres de la carne. Nina conocía a bastantes de ese gremio y les saludó con la cabeza al pasar por allí y dirigirse a su cuarto, rechazando, con elegancia, las miradas que buscaban cerrar un trato. Al entrar en su casa, el aire estaba cargado de un olor floral y sin darse cuenta, sonrió. Dejó caer el chubasquero al suelo, colocó la Jasper, sin seguro, en la mesa de noche y se tiró en la cama. A lo lejos, sobre las placas solares, reventó un rayo. Con las gotas chocando contra la ventana plástica, se durmió profundamente.

Bit

A pesar de lo que esperaba, se levantó cansada. El despertador hacía un ruido infernal dentro de su cabeza. Mordiéndose la lengua, Nina deseó volver al día en que aceptó aquel implante pagado por Progreso. Era bueno, muy bueno, más de lo que ella se hubiese podido permitir nunca, pero se sentía siempre bajo control. Bajo vigilancia, bajo asedio constante. Pegajosa del sudor de la noche y los intentos de su cuerpo por eliminar el alcohol de mala calidad de las bebidas de El Cruce, se metió en la ducha. Al ver el contador con el registro de ilimitado, se sintió una reina. Así vivían los ricos. Dejó correr el agua hasta que salió más o menos clara y olor ácido desapareció y después, disfrutó de una larga y merecida ducha mientras pensaba en aquellos que no podían darse ese placer.

Al salir, la corporación ya había dejado en su buzón una bolsa con comida prefabricada, condimentos para darle sabor y un litro de agua algo turbia, pero potable. Disfrutó de un insípido desayuno en la cama mientras su ojo iba proyectando noticias, rumores, mensajes de foros y su agenda del día. Respiró con agradecimiento al ver en su buzón ningún mensaje de la compañía. Por lo menos, tendría libertad para hacer las cosas a su manera. Mientras se vestía, dejó un mensaje a Bit.

— Imagino que ya te has enterado. En nada llego a tu casa.

No obtuvo respuesta.

Nina conocía el código, así que accedió al complejo de Bit sin complicaciones. Saludó a algunos de sus vecinos, mientras que otros, que sabían para quién trabajaba, esquivaron su mirada y sus saludos. Algunos hasta maldijeron por lo bajo. Cruzó el pequeño parking de containers esquivando los puestos callejeros de comida, servicios de lavandería y médicos de poca monta hasta llegar a la base de la estructura del hacker. Trepó por la escalera y abrió la puerta, esperando no molestar a su contacto si estaba trabajando. El chico, pálido y con la cabeza afeitada, estaba en el suelo, catatónico en mitad de un charco de vómito y bebida energética. Por lo menos, todavía respiraba.

Nina le quitó los cables que le subían por el cuello hasta la base del cráneo, que se soltaron con un suave chasquido y un par de gotas de sangre y le arrastró hasta la ducha. Después de dar el agua, le dejó allí. Tras darle una patada a un bot de limpieza para que se pusiese en marcha, abrió las ventanas y dejó que un poco de aire entrase en aquella madriguera.

Mientras el hacker se recuperaba, entró en la habitación anexa, creada a partir de dos containers soldados entre sí y se puso a rebuscar. Tardó bastante, pero al final encontró el alijo de respiradores que Bit guardaba en un sitio diferente cada vez que sabía que ella iría de visita. Se guardó un par en el bolsillo y dejó los otros en su sitio. Disimulando, se sentó en la mesa, llena de pantallas que procesaban datos y estructuras de la red, creaban y destruían programas menores o simplemente ponían series de entretenimiento o grabaciones de realidad aumentada y esperó. Escuchó la puerta del baño y recibió al hacker con su mejor sonrisa.

Desnudo de cintura para arriba, la casi transparente piel del chico parecía una membrana que encerraba una enramada de cables y venas.

— Imagino que ya me has robado, ¿no?

Nina puso cara de pena y sacó las dos dosis del bolsillo.

— Te juro que te las pago, te lo juro. Me duele todo estos días, además, si quieres puedes pedirme un favor, lo que sea.

Mientras hablaba, Bit se puso una camiseta negra y la echó de su silla.

— Bueno, tú dirás. Si es por lo del corpo, no puedo ayudarte, algo habría hecho para acabar así. Nadie de su clase va por esas zonas y menos sin seguridad. Pon simplemente que fue un asunto ajeno a la corporación, pon tu sello en el informe y cobra la prima de caso cerrado. Así igual puedes drogarte sin tener que abusar de mi buena voluntad — Tras decir eso, Bit se sumergió en su frenético tecleo, casi ignorando la presencia de Nina en aquella sala.

— Sabes que no puedo hacer eso, todavía tengo algo de moral. Prefiero llegar hasta el final del asunto.

— Venga, no te pagan para tener moral, te pagan para que el departamento de seguros pueda hacer su trabajo más fácilmente y ahorrarse una buena cantidad de dinero en el camino.

Algo nerviosa, Nina comenzó a moverse por el cuarto.

— Venga Bit, te pagaré si hace falta, solo una búsqueda rápida. En qué andaba metido, relaciones, amigos, bares que frecuentaba, hobbies... algo tiene que haber.

Nina tenía bastante claro que Progreso no había puesto en esa ficha todo lo que sabía. Era demasiado escueta, demasiado superficial. En algunas había visto hasta los lugares que querían visitar los empleados al jubilarse, el nombre de sus mascotas o si preferían el dulce o el salado. O el fallecido contable tenía algo que los altos cargos de la corporación no querían que apareciese públicamente, o Carlos García era un as para pasar totalmente desapercibido. Cabía la posibilidad de que realmente fuese la persona más aburrida del mundo, pero Nina sabía que ese tipo de gente simplemente habla de su serie favorita en un foro lleno de fanáticos, no acaba atravesada por metralla de escopeta en un parque de containers en mitad de la noche. Tras poner la cara más dulce que podía expresar, Bit accedió. En el fondo, Nina sabía que le haría el favor, nunca había tenido ningún problema con él y le recompensaba generosamente con buena parte de las primas que ganaba.

— Veré a ver si encuentro algo, pero no te prometo nada, ya lo sabes. Te enviaré un mensaje cuando lo tenga. Y recuerda que me debes las dos dosis.

Nina sonrió, le dio un beso en la mejilla y salió del container. Todavía hacía fresco y el cielo seguía cubierto de nubes negras que amenazaban una nueva tormenta. Le dolía todo el cuerpo. Tras su fracaso preguntando en la escena del crimen, no sabía por dónde continuar. Tenía claro que nadie iba a decir nada, ya fuese por interés personal o por puro rencor contra la gente que representaba. Por lo menos, Nina tenía el consuelo de que no era nada personal. Por inercia, los pasos la llevaron hasta El Cruce.

Muy tranquilo. La orquesta no entraría hasta dentro de unas horas, así que Nina pudo sentarse en una mesa, pedir una copa y revisar otros encargos pendientes. Nada demasiado lucrativo, pero podría sacar algo de dinero mientras Bit seguía explorando las redes en busca de información sobre su reciente víctima.

La mayor parte de los trabajos que iba descartando eran similares: parejas que buscaban pruebas de la supuesta infidelidad de su amor, ajustes de cuentas de poca monta, cobro de deudas de juego, intimidación ligera, incluso algún caso de chantaje. Otros tantos tuvo que descartarlos por motivos legales: desde que trabajaba a sueldo para Progreso, todo aquello relacionado con espionaje industrial, robo de datos o cualquier trabajo que supusiera una molestia para cualquier corporación de manera directa estaba totalmente descartado.

Aceptó uno de inmediato una tarea de escolta, ya que esas eran las más sencillas: generalmente, los clientes estaban preocupados por cosas que podían ocurrir, pero no pasaban jamás. Como siempre, pidió la mitad por adelantado y a los pocos segundos ya tenía la cuenta floreciente de nuevo. Pensó en celebrarlo con una ronda, pero tenía que ser profesional, así que optó por la opción seria. Se tomó la primera de las dosis que le había tomado prestadas a Bit y a unos minutos más tarde, cuando el fluido vaporizado se había asentado en sus pulmones e iba corriendo por sus venas, su cuerpo estaba disparado. El sistema nervioso modificado que le había implantado Progreso ya estaba enviando alertas a su móvil de que sus constantes vitales estaban disparadas. Respiraba aceleradamente y su corazón parecía que iba a salir disparado del pecho. Tenía ganas de vomitar, pero sabía que tenía que aguantar el embate. Poco después, ya estaba mejor, a tope.

El mundo parecía ir un poco más lento a su alrededor. Pagó y salió del bar, esquivando la mirada de desaprobación de Bel tras la barra y se dirigió hasta el punto de recogida. Por lo menos no llovía.

Mientras andaba, aprovechó el tiempo para ver la ficha. Tenía que acompañar a un cliente y a su hijo durante gran parte del día, básicamente hacer de niñera mientras el padre solucionaba algunos asuntos por la ciudad. Nada serio, total,

iba a dejar al chaval en el coche mientras ella esperaba fuera con el dedo en el gatillo. Al girar la esquina, vio como un coche negro le esperaba en una plaza repleta de puestos callejeros. Un chofer, apoyado en el capó, estaba sujetando un cigarrillo con una mano metálica sin logo de marca. Algún miembro de una mafia pensó Nina.

El hombre hizo una leve reverencia con la cabeza y la invitó a subir, abriendo la puerta del vehículo. En el interior, un hombre joven, o al menos eso parecía, estaba sentado delante de su hijo, un chiquillo cuyos ojos vibraban de un lado a otro, seguramente disfrutando de algún entretenimiento a través de sus implantes oculares. Bien vestido, el padre sujetaba una copa y le puso otra a Nina, que rechazó por pura profesionalidad. El hombre la observó de arriba abajo y con que tuviese la más mínima capacidad de análisis, sabría que iba puesta de subidón hasta arriba. Tampoco la preocupaba.

Cortésmente, una caja de pañuelos salió del reposabrazos del coche y Nina cogió un par para secarse las gotas de sudor frío que empezaban a correr por su frente. Apurando su copa, el hombre se presentó como Ricardo Galván mientras el coche se ponía en movimiento. El niño seguía sin decir nada y Nina lo miraba con interés, como cuando uno va a uno de esos zoológicos de animales modificados o como cuando se encuentra con una IA especialmente humana. Al fin y el cabo, los niños eran algo escaso y había que pagar mucho dinero para poder tener uno. Y ya que lo tenías, mejor hacerlo bien. De eso vivía Progreso o por lo menos esa era su mejor publicidad. Ya que vas a tener un crío, no lo dejes en manos del azar. La naturaleza está pasada de moda, hazlo a tu manera. Nina todavía recordaba algunas campañas publicitarias de la empresa que iban desde lo cómico hasta lo siniestro.

Desde su asiento, pudo ver cómo el conductor llevaba a su lado una potente Mauler automática y al ver la escopeta recortada descansando allí se preguntó si gran parte de su sueldo por aquel trabajo se iría en pagar servicios sanitarios.

Niñera

Mientras viajaban por la ciudad, la conversación fue bastante informal, como si las dos partes del contrato quisieran rebajar la tensión existente.

Hablaron de música, de la vida, de comida nueva y noticias locales. Mientras hablaban, Nina aprovechó para hacer una búsqueda superficial sobre Ricardo Galván y tal como esperaba, vio que no había mucho. Era una de esas personas que no se dedicaba a nada realmente, pero estaba metido en todo. Fotos con políticos locales, agentes corporativos, capitanes de cuerpos de seguridad, una larga lista de fotos en veladas culturales acompañado de mujeres, cada una más hermosa que la anterior... eso siempre era mala señal si querías aparentar ser un respetable miembro de la comunidad, porque todo el mundo sabía que andabas con algún negocio sucio entre manos. Pero a Ricardo Galván eso le importaba poco, por lo visto. Le gustaba hacer alarde de su fortuna y presumía de sus compras siempre que era posible. Se movía en todas las redes, corporativas, criminales, prensa rosa... No iba muy implantado, aunque viendo las fotos de hace meses, estaba claro que se había hecho algún trabajo de bioescultura de calidad, no como algunas de las chapuzas que se encuentran por ahí. Nina fue bastante directa.

— ¿De niñera, entonces? — Intentó que en sus palabras hubiese cierto toque de humor, aunque parecía más irritada que bromista.

— Tampoco deberías verlo así, acompañante armada si te parece mejor. Me quedo más tranquilo sabiendo que hay alguien con él mientras resuelvo algunos asuntos.

— Por mi parte no hay problema... pero prefiero saberlo ahora si hay alguna amenaza en el ambiente.

— No te preocupes, no ha habido ninguna amenaza de muerte, secuestro o algo así desde hace años. Si bien es verdad que me gusta la atención, prefiero tener el perfil bajo en muchos aspectos de la vida. Debería ser un viaje tranquilo. Además, el coche está blindado y nuestro conductor es un excelente profesional.

Intentó disimularlo, pero se sentía más tranquila sabiendo todo eso. Inconscientemente, dejó de estar tensa y la mano que antes sujetaba el Jasper III quedó libre para alcanzar esa copa que tenía enfrente, cuyo líquido estaba casi inmóvil gracias a la excelente suspensión del vehículo.

Por la ventanilla, el centro de la ciudad se alzaba sobre las calles como negros acantilados de cristal tintado y metal pulido. Las sedes de varias empresas de seguridad dejaban caer banderas de clara inspiración fascista mientras que aquellas que prometían la felicidad, como Progreso, a un precio asequible para la población, ponían en bucle anuncios publicitarios en grandes pantallas, o lanzaban esos mismos mensajes a los implantes de radio o vídeo abiertos que encontraban en su zona de influencia. Nina, que no los tenía apagados, era bombardeada con publicidad personalizada que descartaba sin mirar. La época de la vigilancia había llevado a que una, realmente una vez, dijese que le gustaría tener la nariz más pequeña y ahora dos empresas de bioescultura le ofrecían packs de descuento con pechos y otros detalles menores incluidos. De vez en cuando, Nina lo pensaba, pero en frío sabía que para afrontar ese pago tendría que pasar una buena temporada comiendo barritas de nutrientes secas y bebiendo agua de los charcos. Eso sí, si una infección no la mataba, iba a estar guapísima. Se río de sus propios pensamientos y siguió la conversación con Ricardo Galván hasta que el coche se detuvo delante del Plaza, uno de los hoteles más lujosos de la ciudad.

A Nina siempre le sorprendía la existencia de los hoteles. Al fin y al cabo, no es que la Meseta fuera un lugar turístico, a menos que tu interés fuese ver paisajes industriales, miseria y pasar calor o frío, sin punto medio. Aunque los principales clientes eran corporativos que viajaban entre ciudades para cerrar acuerdos, supervisar los productos o acudir a eventos, la población normal los utilizaba a veces para alguna velada romántica ocasional en la que querías sorprender a tu pareja con comida real, vino o algún postre especial que fuese mejor que la repostería y bollería hecha con grano modificado que se vendía en los puestos callejeros. Mientras bajaba del coche, revisó los implantes buscando

algún mensaje de Bit, pero todavía no tenía nada. Así no tenía otra cosa en mente, pensó. Galván y su conductor, con la Mauler a la espalda, entraron por la puerta principal, saludando a todo el mundo con el que se cruzaban. Nina revisó que el coche hubiese quedado cerrado y mientras en el interior el chaval comía una pieza de fruta que parecía deliciosa, ella se apoyó en un muro, con una buena visión de la calle y del vehículo. Para ella esta era la peor parte, todo el mundo era sospechoso. Cada coche que giraba la esquina podía frenar en cualquier momento y descargar una lluvia de balas sobre ella o su cliente, o esa pareja que paseaba cogidos del brazo podía sacar un pequeño explosivo y acabar con todo en un radio de quince metros. Además, la dosis de subidón que había tomado ayudaba a acrecentar la paranoia y sin darse cuenta, Nina se encontró haciendo girar el tambor de la Jasper III y utilizando el reconocimiento facial en todas las personas que tenía a su alcance.

Mientras esperaba, continuó su búsqueda, ya más por aburrimiento que por curiosidad. La verdad es que Ricardo Galván parecía ser un tipo bastante directo en cuanto a la fachada que presentaba al mundo: un tío con dinero y un gusto cuestionable. Más allá de las noticias sobre correrías amorosas, clubes de mala fama y compras exageradas, lo único que llamaba la atención sobre el señor Galván era su hijo. Más que criado, se podría decir que el chico fue custodiado en la mansión familiar, un verdadero bastión de estilo neoclásico, levantado con materiales de calidad y un excelente conocimiento arquitectónico, que daba al edificio un aspecto verdaderamente señorial a la par que intimidante. A Nina no le costó trabajo encontrar fotografías de la casa, pues un par de años atrás un reportaje a Ricardo Galván y su mujer, Irene, había cubierto con varias fotografías de la morada de la pareja las principales webs de diseño, moda y cotilleos a partes iguales. Mientras observaba aquella escalinata de piedra, similar a las de los juzgados, Nina se vio a sí misma trepando por la escalera que daba al container de Bit, o esquivando las manchas de humedad y los animales muertos que a veces aparecían en el pasillo que llevaba hasta su pequeño cubo en el hotel Atlanta. Para describir el interior, la investigadora tendría que haberse

comprado un diccionario avanzado, porque las palabras que ella solía utilizar no hubiesen logrado ni acercarse al lujo y la calidad de las diferentes habitaciones que componían la casa. No parece una mala prisión para el chaval, pensó.

A pesar de la agitada vida mediática de Ricardo, su esposa no aparecía demasiado por las portadas de los blogs y las redes dedicadas al famoseo, quedándose a un lado en todos los asuntos de su marido. Con los años, había ganado la fama de mujer serena y tranquila, que sabía en qué andaba metido su marido, pero prefería ignorarlo en aras del bienestar familiar.

Con el chico solo había una foto, recién nacido, posando los tres junto a una piscina de agua cristalina en los jardines de la mansión. Nina no tardó en ver el logo de Progreso en la mantita que envolvía al chico y levantando la vista, lo buscó a través del cristal tintado del coche. La calidad era excelente, ya que ni siquiera sus filtros oculares lograron atravesar el vidrio. Por lo que había visto, el chico, Mauricio, parecía bastante normal. No desprendía esa aura de superioridad que los hijos de militares creados artificialmente solían poseer, ni esa belleza que los influencers o los líderes mediáticos pedían para los suyos, con el fin de que ganasen varios concursos de belleza y hubiesen firmado como cara de una buena compañía antes de los dieciocho. Por lo general, esos chicos acababan muy bien o muy mal. Nina aún recordaba la cara del chico que, con una sonrisa enorme, anunciaba una variedad de chocolate artificial ¡mejor aún que el que conocías!. Cada mañana, antes de ir a la sede de Progreso, pasaba por debajo de ese cartel y deseaba pegarle un disparo en la cara. Así entraba calentita a trabajar.

Encontraron al chaval muerto a los veintipocos, con un agujero de bala en un narcopiso, puesto de una droga desconocida y con la cuenta totalmente seca. Por lo menos, dejaron los implantes en su sitio dentro del cuerpo, que algo es algo.

Mauricio, por otra parte, parecía perfectamente normal. Estaba más sano que los chiquillos que se criaban en los patios de containers o en las habitaciones cubo de los hoteles o las colmenas, pero eso era normal cuando hacías varias comidas al día y tu cuerpo, seguramente, tuviese un implante de sistema inmune

mejorado. Tal vez fuese más inteligente, esas cosas no se ven a simple vista, pero Nina sabía que Progreso ofrecía, entre sus muchas opciones, un pack cognitivo para fomentar el desarrollo neuronal, la capacidad de análisis, los reflejos o la percepción. Si el niño era producto de la empresa farmacéutica, a Nina no le extrañó que su padre quisiera seguridad adicional cuando lo sacaba de su torre de marfil. A fin de cuentas, él y su mujer habían pagado una gran cantidad de dinero por crearlo, mejorarlo y cultivarlo y era lógico que estuviesen interesados en seguir protegiendo aquella inversión.

Mientras se perdía en sus pensamientos, comenzó a llover de nuevo y un par de gotas ácidas causaron una pequeña irritación en la piel de Nina. Corriendo, entró en el coche, que se abrió al acercar el chip de ID implantado en su muñeca y tras haber cerrado de nuevo, se puso una copa mientras Mauricio dormía suavemente en el cómodo asiento de falso cuero negro.

Dos menos

La calle había quedado desierta. Los que no poseían chubasqueros resistentes se habían metido ya en sus casas, en el bar más cercano o debajo de cualquier portal mientras esperaban a que la lluvia parase y aquellos locales mejor preparados andaban rápidamente de un lado a otro haciendo los últimos recados que no pudiesen esperar. Nina se revisó el pelo, pero ninguna de las luces había sufrido daño en esos segundos que estuvo bajo la lluvia. A lo lejos, las cúpulas de los grandes invernaderos del Campo Grande se iban cerrando lo más rápido que la vieja maquinaria permitía, para que la lluvia no dañase los cultivos ni la vegetación que creía ahí.

Nina estaba tensa. El subidón había entrado ya en la segunda fase. Pasada la paranoia, una mezcla de sed de sangre y excitación sexual se adueñaba del organismo, pero el efecto no duraba demasiado. Puso música relajante en su implante de radio y las notas de una canción folk comenzaron a envolverla mientras respiraba rítmicamente. Temía quedarse dormida, así que siguió repasando papeleo para Progreso y pagando algunas facturas atrasadas con la primera mitad del pago de su actual trabajo.

Aprovechó para hacer también una transferencia a Bit, pero un mensaje de error le informó de que el hacker había cambiado de cuenta. Nada nuevo y casi mejor, así tendría oportunidad de pasar por el refugio de su amigo y hacerse con un par de dosis más.

Un golpeteo rítmico en la ventana tintada la sacó de sus divagaciones. Pensando que era lluvia, Nina miró por la ventana y encontró a dos personas, tapadas con una manta que se iba deshaciendo lentamente que gritaban pidiendo una limosna. Nina hizo un gesto de negación con las manos. No pensaba abrir el coche pasase lo que pasase ahí fuera. En el exterior, la pareja insistía empezando a golpear el coche con los puños. Nina seguía tranquila. El coche aguantaba balas de buen calibre y tenía el revólver esperando, así que siguió mirando las redes, confiando en que, si ignoraba a los extraños, desaparecerían tarde o

temprano. No fue así. Los ojos de Nina, analizando a las dos personas del exterior, le informaron de que los dos sujetos habían consumido alguna especie de alucinógeno mezclado con sedante, porque mientras las gotas de ácida lluvia les perforaba las capas superficiales de la piel, se reían mientras pedían más dinero. En el fondo, Nina sintió lástima por ellos. El subidón era una cosa, pero había drogas en las calles (y en las mejores salas de fiestas) a las que era mejor no acercarse nunca... El coche dio un fregonazo que despertó a Mauricio de su sueño e hizo que pegase un salto en el asiento. A Nina le retumbó en toda la cabeza. Los dos extraños salieron repelidos varios metros hasta la calzada. Nina salió corriendo, asustada, con el Jasper en la mano.

Del vehículo, varias boquillas humeantes estaban retrocediendo mientras Ricardo Galván y su chófer salían del hotel. Bajo un paraguas, Ricardo caminaba mientras su chofer, desde un brazo cromado en azul, desactivaba los sistemas de seguridad del coche. Ricardo Galván hizo un gesto de asco y se esforzó por no pisar los cadáveres cubiertos de agujas de metal que tenía a sus pies, aunque unos fragmentos de carne se quedaron pegados a sus zapatos, que sacudió de la manera más digna que pudo.

Mientras arrancaban, Nina vio como varias personas, con hachas y sierras, se lanzaban a recoger todo lo que los cuerpos de esas dos personas no iban a necesitar nunca más.

Primera cita

— ¿Tienes hambre? Es hora de comer, casi.

Esas expresiones, pensó Nina, son las que demuestran que vives en un mundo diferente al de la gente que te rodea. Si mides tu tiempo en referencia a cuándo comes o si es tu hora de jugar al tenis y no en horas que te faltan para que termine tu turno... sí, claramente es un mundo diferente. Con el sueldo que llegaba desde Progreso, Nina se consideraba afortunada de poder hacer un par de comidas al día, la base, pagada por la corporación y a veces se daba el verdadero capricho de coger algo de una de las máquinas del lobby del hotel, generalmente un pack de comida prefabricada que, según el envase, sabía a pollo con curry. Por supuesto, asintió. Tenía bastante claro que no iba a pagar ella y no era tonta, así que mantuvo una pose que no fuese desesperada y cambió de tema, como si aquello fuese un simple comentario. Aparcaron unos minutos más tarde en el aparcamiento privado de un restaurante y bajaron. Mauricio iba de la mano de su padre, parecía tranquilo. En la puerta, los dos miembros de un equipo de seguridad les saludaron amablemente y en el interior, casi al cruzar la puerta, un camarero, elegantemente vestido, se deshizo en elogios hacia Ricardo y su hijo. Nina se sentía fuera de lugar. Su ropa no se adaptaba para la ocasión y era uno de esos sitios en los que llevar un arma colgando de la cintura era un gesto de mal gusto, como si se traicionase la confianza de los que estaban allí. Total, entre ese grupo, las puñaladas se daban por la espalda, con comentarios agitados en redes sociales, expandiendo sin control rumores absurdos o cerrando acuerdos comerciales con el enemigo de su enemigo a puerta cerrada. Tras ser acompañados a una mesa, se sentaron y Ricardo dejó pagada la cuenta con antelación. Algunas cosas no cambian. A pesar de todo, Nina seguía en horario laboral y con sus ojos no dejaba de observar la sala, buscando alguna amenaza potencial. Sin embargo, cuando fueron llegando los diferentes platos de comida y las copas de alcohol, esa fachada dura y profesional se vino abajo. Ricardo parecía bastante interesado por ella, por su vida personal, su historia. Una

cortesía a la que no estaba acostumbrada: en la calle, todos eran desconocidos, a veces con lazos y motivaciones comunes, pero perfectos desconocidos. Tu vecino te podía dar un paquete de comida si las cosas te iban mal, pero jamás sabrías su apellido o si tuvo un gato de pequeño.

Para Nina, poder hablar durante un par de horas sobre ella fue medicina para su ego. Aprovechó para hacer preguntas, y muchas, como esos niños que en la escuela preguntan por qué el cielo es azul o el agua moja. Tenía curiosidad por conocer, de primera mano, un mundo que era tan lejano para ella.

A medida que hablaban y las copas se iban vaciando, Nina acabó teniendo la sensación de que, en el fondo, conocía al hombre que tenía delante. Por el tono de su voz, como hablaba de algunos temas, las anécdotas que narraba, casi siempre sobre tiempos mejores... Nina creyó ser capaz de ver, tras toda esa máscara de lujos, dinero, negocios clandestinos y fiestas, a un hombre que realmente tenía muchos más problemas de los que decía. Al final, pensó, nadie pasó tanto tiempo fuera de su casa, perdiéndose entre el ruido de la vida social noche tras noche, si no intentase escapar de algo que le persigue incansablemente. En esa reflexión, Nina se vio a sí misma, reflejada en los vasos de cristal de El Cruce alguna noche, con el subidón corriendo por su cuerpo y buscando una última emoción antes de irse a su casa, triste y derrotada. Aquellos tiempos, por suerte, habían pasado para ella, pero tampoco es que los actuales fuesen mucho mejores. Evitando centrarse en esos pensamientos, siguió comiendo y bebiendo, disfrutando de selectos platos que sabía que no iba a volver a probar en mucho tiempo.

El chico no había comido nada. Centrada en los placeres de la carne, la bebida y la conversación, Nina tardó bastante en darse cuenta de que al chico ni siquiera le habían puesto un plato. Le extrañó, pero a saber qué llevaba la genética de ese cuerpo, puede que pudiese estar semanas sin beber, al igual que otros no necesitaban dormir más de dos horas. No le dio importancia.

Ricardo se retiró a una sala privada, acompañado de una mujer bastante guapa, alta y con un vestido de fiesta demasiado llamativo para la ocasión. Mauricio se

quedó con ella en la mesa, mirando de vez en cuando a su alrededor, pero la mayor parte del tiempo lo pasó con los ojos perdidos en sus mundos virtuales. De momento, Bit no había dejado ningún mensaje y Nina se preocupó de que estuviese de nuevo en el suelo de su casa, con el cerebro fundido después de intentar crear o derrotar algún programa nuevo, o puede que estuviese en un hospital después de que algún robo de datos hubiese salido mal y alguien le hubiese ido a saludar con una pistola en la mano. Aunque el hacker era una persona precavida, nunca se sabe cuándo las cosas pueden torcerse irremediablemente. Nina intentó mantener una conversación con su pequeño acompañante, dejando aflorar una parte, latente y pequeña, de instinto maternal, pero su interlocutor era escueto y callado. No respondía a preguntas personales y cuando lo hacía, Nina tenía la sensación de que la respuesta estaba ensayada, preparada desde hace mucho tiempo, intentando ocultar las cosas importantes. No siguió por ese camino y mientras el alcohol se depuraba de su cuerpo, mezclado con los últimos latigazos de subidón, pensó en qué se iba a gastar el dinero que cobraría si todo, afortunadamente, iba bien.

Demasiadas opciones.

Cuando vio salir a Ricardo de aquella sala privada con un maletín negro en la mano, sintió cierta tranquilidad. Después de pasar más de diez minutos despidiéndose de todo el mundo, salieron por la puerta principal. Atardecía. La lluvia había parado y el cielo, despejado después de dos días, mostraba una puesta de sol electrizante por encima de un viejo parque eólico en proceso de desmantelamiento. Se dirigían a las afueras. Ricardo sujetaba el maletín con ambas manos y el análisis que Nina recibía a través de sus ojos mostraba que estaba más nervioso de lo habitual. Por el camino, ninguno habló. Al bajarse del vehículo, Nina no pudo evitar mirar atrás y contemplar la ciudad, a lo lejos, recortada contra el atardecer. A su manera, era bonita. Desde aquí, las torres industriales, las barriadas de containers y las cúpulas plásticas de los invernaderos tenían un encanto extraño, como la visión de un paraíso que pudo ser, pero acabó destruyéndose a sí mismo. Como un castillo levantado sobre

cimientos de barro cuyos ocupantes, incansablemente, se esforzaban en que no se les viniera encima un día tras otro. Para Nina, era como ver un hormiguero por fuera y se vio a sí misma como una de las pequeñas obreras que dedica toda su vida a un propósito tan sencillo y a la vez tan absurdo como seguir con vida, viviendo una vida que no le gustaba en absoluto. Como Ricardo Galván, supuso. Las ruinas de una vieja explotación, una mina de la época de la guerra se había convertido en el escenario de una negociación entre Ricardo y tres desconocidos para ella, aunque Ricardo hablaba de ellos como si fuesen verdaderos amigos. Mauricio se había quedado en el coche, acompañado del conductor y su confiable Mauler, mientras que ella había acompañado a aquel hombre, mientras esperaba que nadie se pusiese demasiado avaricioso y acabase con un cuchillo en la garganta. Ricardo decía que prefería su presencia allí, le daba un ambiente más callejero que sería favorable. Una vez terminaron las conversaciones triviales, Ricardo les entregó el maletín. Nina observaba, buscando algún símbolo, tatuaje o marca que pudiese ayudar a identificar la banda a la que pertenecían aquellos tipos. Demasiado occidentales para pertenecer a un sindicato y hablaban un español educado y firme, usando expresiones que a ella se le escapaban de vez en cuando, como para pertenecer a algún grupo del este o una familia nómada. El que parecía llevar la batuta, un hombre de mediana edad con pelo negro y varios ojos implantados, le tendió una mano amistosa.

— Y guarda esa pipa, hermana. Somos gente de fiar. Ninguno de nosotros va armado y tendríamos que ir hasta el coche a coger nuestras pistolas. Como sigas apretando los dientes, te vas a saltar una muela. — La sonrisa de ese hombre, sin cejas sobre los ojos que hiciesen la expresión más familiar, resultaba inquietante. Nina cerró la cartuchera del Jasper y no dijo nada, pero intentó que su pose mostrase seguridad. Si alguno de los múltiples ojos de aquel hombre tenía reconocimiento de patrones o algún tipo de análisis, esperó al menos parecer una digna rival en pantalla. Ni siquiera abrieron el maletín. Ese era el nivel de confianza. El que parecía el segundo al mando, un chico de piel morena que, sin camiseta, dejaba ver un refuerzo estructural en la zona del pecho y las costillas,

cuyas líneas metálicas se mezclaban con tatuajes de clara influencia presidiaria, alcanzó a Ricardo una tarjeta de crédito, lisa, sin marcas ni ningún tipo de sello. Él la guardó en los bolsillos de su ropa.

— Por cierto, Ricardo, ¿cómo anda el chiquillo? Dicen que esos procesos a veces dejan el cerebro hecho puré. Deberían tener cuidado con ese tipo de mierdas... te alejan de lo humano — Uno detrás de otro, los cinco ojos, cuya tonalidad iba entre el rojo sangre y el azul hielo, parpadearon.

— Está bien. Como todo proceso, requiere tiempo. Ya veremos los resultados. Creemos que va a ser un gran chico.

Ricardo Galván portaba una sonrisa de orgullo, como el que presentaba una obra de arte recién adquirida en una cena privada.

— No tengo ninguna duda, jefe. Ninguna duda.

El conductor del vehículo interrumpió la conversación, levantando la voz en la noche.

— Señor Galván, la Señorita Irene se encuentra ya de camino a la casa. ¿Desea que le diga algo?

— Gracias, pero no, lleva a Mauricio a casa y descansa. Nos vemos mañana.

— ¿No necesita transporte? No me cuesta nada dejarlo de vuelta si desea pasar la noche en algún lugar.

Con un gesto de su mano, despachó al conductor y con la otra, le dio una tarjeta a Nina, con su firma personal estampada.

— Gracias por tus servicios, Señorita Walcott. Espero que lo disfrutes bien. Volveré a contar contigo y te pondré buenas referencias.

Nina lo agradeció con la mirada. Aunque era tarde para hacerse la tipa dura, delante de aquellos tres hombres consideró necesario hacerlo. Se dirigió al que parecía el líder.

— Ya que he cobrado, ¿tienes subidón? — El tatuado no tardó en aparecer con una caja pequeña, sacada del maletero del coche.

— Lo mejor que has probado nunca. Ya lo verás, seguro que repites. Te lo dejo barato.

Tras darle la tarjeta, la chica se guardó varias dosis en el bolsillo y respiró una ahí mismo. Ricardo hizo lo mismo. Mientras la droga comenzaba a hacer efecto, Nina se colgó de su brazo. Ya se arrepentiría, si eso, mañana.

Resaca- Nina Walcott: ¿Acompañante de lujo?

A la mañana siguiente, la cabeza de Nina parecía una colmena. Las notificaciones, los mensajes y las alertas no hacían más que entrar en una corriente imparable por sus implantes, zumbando sin parar. A eso se le había sumado la resaca del subidón y las copas que había tomado junto con Ricardo en un hotel del centro, entre dos y diez, aunque no recordaba exactamente el número. Estaba sola en la cama y la luz solar se colaba débilmente a través de unas nubes de tonalidad rojiza. Los grandes ventanales dejaban el centro de la ciudad a varios metros por debajo de ella y dedicó unos pocos segundos a observar las vistas antes de volver a asentarse, por desgracia, en el mundo real. La habitación estaba hecha un desastre y mientras pasaba sus ojos por ella, Nina fue capaz de enumerar los diferentes lugares en los que recordaba haber gemido o sudado aquella noche. Fue corriendo al baño y vomitó una bilis azulada, los últimos restos del subidón, ácida y densa. Se sintió mucho mejor y frente al espejo prometió instalarse un filtro de toxinas nada más tener dinero para dejar de una vez esa mierda.

Su acompañante, en una mezcla de educación y mal gusto, había dejado una tarjeta con dinero en la mesilla de noche y un mensaje en sus redes privadas que simplemente decía Ya te llamaré. Por supuesto Nina sabía que aquello no era cierto, pero tras comprobar la cantidad que había depositada en aquella tarjeta, le importó bastante poco. Hombres y mujeres en el mundo con los que acostarse había muchos, pero dinero... eso era otro tema. Llamó al servicio de habitaciones; todavía contaba con varias horas en el hotel, así que comenzó el proceso que no quería hacer y revisó las alertas de sus redes sociales. La mayor parte de ellas eran menciones a su nombre en diferentes foros de prensa rosa y fotos tomadas desde diferentes ángulos con implantes ópticos o desde pequeños drones mota con cámaras que utilizaban la mayoría de medias de la ciudad. Otra era de Progreso, la circular básica advirtiéndole a sus empleados de que evitasen

realizar cualquier acto que pudiese manchar el buen nombre de la corporación, una notificación que Nina eliminó directamente.

Otra gran parte, chascarrillos de sus conocidos y cotilleo general, así que, dentro de todo, Nina sintió que no era para tanto. Por lo menos, no tenía un mensaje directo de Irene Galván diciendo que iba a ir a por ella y que se alejara de su marido, pero estuvo intranquila durante gran parte de la mañana por ese motivo. Después de una larga ducha, salió del hotel y se dirigió sin pensarlo a la guarida de Bit. Nina llevaba el uniforme oficial de la compañía por la calle, una ropa que no solía utilizar. Le quedaba bien, pero llamaba demasiado la atención. Sin embargo, después de los sucesos de anoche, prefirió presentar una imagen más respetable, casi temida, de cara a la sociedad. Falda tipo lápiz, tacones, chaqueta negra, blusa blanca con el emblema de la corporación en un hombro y el pelo suelto, pero con los leds apagados. En una funda de cuero sintético negro, la Jasper, cargada y visible, y varias balas en el cinturón. Para añadirle mayor dramatismo, Nina usó uno de los privilegios que nunca usaba para que le acompañase un operativo de seguridad, que no tardó en presentarse en la zona. Mientras cruzaba el parque de containers acompañada de una figura de casi dos metros, con un subfusil y un escudo de plástico antibalas en sus brazos cromados de rojo y negro, se sintió bastante importante. Su acompañante no hablaba y debido al casco negro que cubría su cabeza, no era capaz de reconocer si era un hombre o una mujer. La mayor parte de la gente se apartaba de ellos. Nina dio una orden al operativo para que esperase abajo mientras ella subía y se reunía con Bit y el operativo se mantuvo allí, con cierta pose militar intimidante, aunque no muy pulida. Mientras trepaba por la escala, varias motas se acercaron a ella y después volaron rápidamente hasta lo alto de la torre. Entró por la puerta.

Bit se encontraba en su propio paraíso, viendo como los códigos y los comandos tomaban forma en un mundo solo accesible a aquellas personas que no temían quedar catatónicas de un momento a otro por encontrarse un programa demasiado violento o a otro hacker más habilidoso o con más suerte que ellos.

El riesgo era alto, pero para Bit, que el mundo real siempre le resultó deprimente e insulso, la red era un lugar maravilloso. El hacker controlaba la estructura de red de casi todo aquel barrio, además de la suya propia. La primera era lo que tenía que ser, eficiente y simple. Bit le había dado la forma de una pequeña granja medieval, asignando a cada espacio de la red su función ligada a un elemento típico: río y molino para la energía, campos para el control de las IAs de limpieza y mantenimiento y una señal en un cruce de caminos para la comunicación tanto interna como externa. Como el chamán y guía del pueblo, Bit había puesto los nodos de control en una pequeña cabaña en la linde de un bosque fractal y pasaba por allí de vez en cuando para comprobar que todo estaba en su sitio. Por otra parte, su paraíso personal era algo mucho más elaborado, una obra de arte virtual que se extendía en líneas y líneas de código formando una costa mediterránea, una imagen que Bit solo había visto una vez, pero le tenía fascinado. A lo largo de incontables noches, el hacker transformaba comandos, rutinas, códigos y programas en playas de arena tostada y aguas claras y transparentes, sistemas defensivos transformados en calas de afiladas rocas, acantilados abruptos y playas de dunas, mensajería en un puerto de vela dónde grandes navíos entraban y salían, o pequeños pescadores descargaban redes repletas de peces y basuras, depende de cómo el algoritmo interpretase la utilidad del mensaje... y por último, un pequeño pueblo costero de blancas casas cerca de un bastión militar cuyas baterías de cañones protegían la zona. Bit se sentía orgulloso de aquello y para sus conocidos en la red, ese servidor era un lugar excelente para pasar los días en los que la lluvia, demasiado ácida, no permitía salir. Era tal la cantidad de visitantes que le pedían acceder a aquel mundo, que el hacker tuvo que crear una sala repleta de narcoalgoritmos cuyo pase vendía por un buen precio y dejaban el cerebro del hacker que los probaba vagando por un mundo totalmente onírico.

Mientras el pálido chico navegaba por sus propios mundos, Nina esperó. No quería molestarlo, además, ya sabía perfectamente que ella estaba allí. En la ventana, las motas de seguridad descansaban durante unos minutos y después,

volvían a hacer su ronda. El piso estaba más ordenado que la última vez, algo que Nina agradeció, aunque poseía un olor a químico y productos de limpieza que de vez en cuando azotaba su nariz. Media hora más tarde, el hacker se desconectó los pesados claves y limpió las clavijas y los puertos con una solución desinfectante mientras respiraba profundamente, como el deportista que ha corrido una pesada maratón.

— Bueno, bueno... — Bit tenía una sonrisa pícaro en los labios mientras miraba a Nina. — ¿Alguien ha pasado buena noche?

De un golpe, proyectó en las pantallas las redes sociales en las que ambos estaban incluidos, mientras una IA buscaba el nombre de Nina en cada post.

— ...Por lo que parece, sí. Mucho. Hay algunos comentarios que... en un club selecto igual te haces de oro. — Una mueca jocosa sobresalía por los pálidos labios del hacker.

— Prefiero no hablar del tema. Pero no estuvo mal. — Intentó no dejar escapar una sonrisa demasiado victoriosa. — Aun así, necesito dejar ya el subidón.

— No puedo estar más de acuerdo, señorita Walcott. Si vienes por negocios, tengo cosas para ti. No mucho, pero hay algunos hilos por los que tirar.

Bit se movió rápidamente en su silla, conectando las clavijas a las pantallas principales para que Nina pudiese observar lo que él veía simplemente con sus ojos, horas y horas de grabaciones almacenadas en sus chips de memorias. Lo reconoció rápidamente como las oficinas principales de Progreso. Mientras la grabación mostraba la presencia virtual del hacker paseando por las instalaciones, Bit iba explicando sus descubrimientos a Nina.

— Bueno todo esto ya lo conoces, es normal que las corporaciones creen en el espacio virtual un espacio idéntico al real... facilita las cosas. Ahora, por este pasillo... — La cámara giró y aceleró el ritmo para llegar al pasillo de personal, en el que una hilera de despachos compartidos, con una placa holográfica en la puerta que indicaba nombre y posición del propietario se extendía durante lo que parecían kilómetros.

— Aquí es: Carlos González, contabilidad. Mira, esto es interesante.

Al tocar el pomo, la pantalla se ensangrentó momentáneamente. Se escuchó a Bit toser en la grabación pasó los siguientes minutos tomando aire. Después, el sonido de las teclas de su ordenador estuvo trabajando frenéticamente hasta que la puerta fue forzada con una palanqueta azul que se deshizo en la grabación tras completar su propósito. Bit prosiguió.

— El programa no era complicado, pero sí bastante duro si no estabas preparado. Me sorprendió encontrar algo así en el despacho de un simple contable, y no protegiendo los archivos internos.

El despacho de Carlos González era el espacio más aburrido que alguien hubiese podido crear en la red. No había nada, un marco con una foto, una silla, un escritorio, papeles sobre la mesa y un archivador. Nina le interrumpió.

— ¿No saltó ninguna alarma en Progreso avisando que forzaste la seguridad?

— Eso me extrañó, así que comprobé el código principal del programa. No era de la corporación. Seguramente nuestro ya fallecido Carlos lo hubiese encargado a algún hacker o lo hubiese comprado por su cuenta, pero no encontré ninguna firma. Pero te aseguro que claramente es trabajo externo. Puede que sea de Progreso e intenten no verse involucrados, quién sabe.

Nina tomó notas mentales de aquello. La cámara comenzó a moverse por la sala, interactuando con los diferentes elementos. La fotografía no llevó a nada, era el espacio en el que se almacenaba la ficha y los datos personales del usuario, nada que Nina no supiese ya o hubiese deducido. Sobre la mesa, los papeles eran recordatorios normales, citas médicas, quedadas para comer con otra gente de la empresa y los datos de alguna chica de compañía que Carlos había visitado últimamente. Nina leyó la lista varias veces. Conocía algunos nombres, directivos menores de Progreso o científicos en nómina, así como algún miembro del departamento legal. Sobre las mujeres...

— Ese nombre me suena. ¿Trish no es la chica que se mueve vendiendo narcóticos con los Hijos del Toro?

— Esa es. Carlos se quedó con ella muchos días, por lo que pensé que igual era adicto a algo. Pero revisando sus informes médicos y los datos de su biomonitor, no le daba a nada.

Mientras Bit hablaba, Nina comenzó una búsqueda de Trish, esperando que el reconocimiento facial encontrase a la chica rápidamente y no tuviese que ir a ella preguntando a la vieja usanza. Dejó la búsqueda trabajando en segundo plano.

— Interesante. ¿Había algo más?

La cámara paseó por la habitación hasta el archivador.

— Cierra un poco los ojos. Por si acaso había otra sorpresa, utilicé un pequeño programa defensivo y la sobrecarga pegó un destello de luz. — Nina entrecerró los ojos justo a tiempo mientras, a través de la pantalla, toda la madriguera de Bit recibía un fognazo de luz. Bit puso el vídeo a cámara rápida durante unos minutos mientras probaba distintos programas para abrir el fichero. Al terminar, una multitud de carpetas se desplegó ante ellos por toda la pantalla. Datos bancarios, nóminas de trabajadores, contratos de todo tipo, nóminas, indemnizaciones... — Pero esto es lo que más me llamó la atención. Hay una carpeta llamada Edén que posee su propia estructura de red. — Bit tardó unos minutos en entrar hasta que, extendiéndose por todas las pantallas activas ante ellos, se desplegó un bosque verde, suave, de árboles frutales, cascadas y pequeños riachuelos que corrían delicadamente por una llanura amplia y relajante. — Es increíble, una estructura maravillosa, digna de los mejores arquitectos. Aquí Progreso ha puesto mucho dinero.

Mientras la cámara avanzaba, los árboles y el entorno se iban deshaciendo en datos y números que Nina no comprendía. Bit debió estar mucho tiempo moviéndose por allí, porque puso el vídeo a la máxima velocidad posible.

— Y, sin embargo, nada. Todo vacío. No quedan datos, nombres, fichas ni nada. Solo hay tres pasos, Carlos, reconocible, los míos, que borré después y un tercer rastro que entró en el archivo unas horas después de la muerte del señor García y por lo que creo, debió limpiar todo.

El vídeo terminó. Frustrada, Nina se sintió como si solo hubiese avanzado un metro desde la línea de salida.

Los Hijos del Toro

Nina le dejó dinero a Bit por las molestias y aunque el hacker prometió que seguiría investigando, la chica sabía que era complicado.

Los rastros digitales son difíciles de seguir y suelen llevar a callejones sin salida o a callejones muy peligrosos, por lo que la mayor parte de las investigaciones se quedaban en dique seco antes de empezar, evitando gastar dinero y tiempo en seguir una pista que, en el 90% de los casos, desaparecía más adelante. El operativo de seguridad esperaba abajo y juntos salieron del parque. Pidieron un coche que los llevase a las afueras y Nina se alisó el traje y comprobó que la pistola estaba cargada y funcionaba perfectamente. Para seguir la ruta más corta utilizaron su permiso corporativo y cruzaron una de las presas, vigilados de cerca por varios drones de seguridad que seguían el coche con sus luces rojizas. Después de conducir otros quince minutos cerca de los campos de restos y pequeñas plantas solares en mal estado, llegaron al pie de la gran autopista. El viento de la tarde levantaba un polvo seco que se metía en los ojos y en la boca si uno hablaba demasiado, así que Nina hizo un esfuerzo por no respirar mucho hasta que cruzó las puertas del establecimiento que tenía enfrente.

Aunque Tanques Vacíos era un bar en su mayoría de nómadas, los Hijos del Toro se habían asentado allí tras ser expulsados del centro de la ciudad por la unión de otras bandas locales que preferían tener al grupo neofascista fuera de su órbita de trabajo e influencia. No les importó mucho y pronto vieron que en las afueras se podía prosperar perfectamente, haciendo incursiones al centro cuando los negocios lo requerían mientras disfrutaban la tranquilidad que solo se encuentra lejos de la seguridad privada y las cámaras de vigilancia.

Además, gran parte de sus ingresos ahora provenía de trabajar para las familias nómadas que pasaban por la zona, por lo que su nombre se había limpiado un

poco, aunque no dudaban en seguir en su línea de intimidación, atraco, paliza y asesinato como forma de vida.

Bajo las grandes vigas de acero y cemento de la autopista, el Tanque Vacío era un viejo bar destartado que año tras años se ampliaba con una remesa nueva de planchas de metal soldadas entre sí. Varios depósitos de combustible hacían de gasolinera al lado de un amplio aparcamiento en el que siempre había descansado un convoy nómada, un enjambre de motos de alguna banda o un par de coches corporativos que habían ido hasta allá para negocios extraoficiales. Al entrar, una chica rubia y pálida como la cera estaba sobre un hombre, lanzando puñetazos con un ritmo perfecto y partiendo los huesos de la cara de aquel tipo con sus nudillos metálicos. En el bar había silencio. Después, la chica se levantó y dos chicos, más jóvenes que el que estaba en el suelo, lo sacaron sangrando de allí. Nina conocía a aquella chica, María del Monte. No tendría más de veinticinco años y era una de esas personas que para no estar muy implantadas, se acercaba bastante a la locura. Los implantes oculares de Nina ya estaban avisando de la larga lista de delitos y condenas que pesaban sobre ella, pero tenía claro que ningún miembro de la ley iba a ir detrás de ella. Su reputación era más que suficiente para dejar claro que era una presa demasiado peligrosa. Era guapa. Los pantalones vaqueros y las botas daban agresividad a una cara bonita y su piel pálida, fruto de tintes y bioescultura simple resaltaba unos ojos azules como el cielo de verano, claro resultado de implantes ópticos. El pelo, rubio platino con un corte estilo militar y una multitud de tatuajes de marcada iconografía fascista terminaba el conjunto. La tinta negra descendía por los pálidos brazos hasta encontrarse una mano derecha robótica terminada en unas afiladas garras y en la izquierda, solo los nudillos y un par de dedos eran no—biológicos, resultado de alguna pelea. Mientras se limpiaba la sangre de las manos, María se sentó en una mesa junto con los miembros de su banda, hombres y mujeres de genética aria o que al menos, lo aparentaban.

Un robot de limpieza empezó a despejar el charco de sangre que se encontraba en medio del bar. Nina y su operativo fueron directos a la mesa de los Hijos del Toro.

Uno de los hombres se levantó mientras se acercaban, dejando ver bajo la chupa de piel artificial una intrincada cruz cristiana que decoraba una placa de refuerzo estructural. A los ojos de Nina la aleación era bastante chapucera, tal vez el trabajo de un techie novato que buscaba ganarse el respeto de la banda. María le sujetó del brazo y le hizo sentarse a su lado. Un olor a agresividad inundaba el ambiente y el biomonitor de Nina le avisó de que se encontraba cerca de alguien con dispensadores de drogas. Definitivamente, tenía que instalar unos filtros de toxinas lo antes posible.

Claramente los implantes hacían su trabajo, porque tenía ganas de sentirse la alfa de aquel grupo, un juego al que no iba a jugar con María.

La chica no tardó en levantarse y tenderle la mano a Nina.

— ¡Una trabajadora de Progreso! ¿Hemos hecho algo malo, agente? — La joven soltó una risita. Nina mantuvo una pose seria. Al fin y al cabo, tenía que ser profesional, estaba en una investigación.

— Para nada, ya sabes que no soy un agente de la ley, ni tengo interés en serlo. Simplemente estoy investigando para el departamento de seguros de la compañía.

María puso las botas sobre la mesa.

— En ese caso, ¿en qué podemos ayudarte, Nina Walcott? Estamos a tu servicio. Tú y tu acompañante podéis sentaros si os apetece. Estáis más que invitados a una ronda de lo que sea. — Con un gesto, María llamó al camarero, un hombre con las ropas clásicas de los nómadas que estaba colocando botellas tras la barra. En silencio, se dio la vuelta y sirvió varios vasos que dejó sobre la madera artificial. Uno de los chicos de María los recogió y los dejó en la mesa, también sin mediar palabra.

— Estoy investigando la muerte de un trabajador de la compañía, Carlos González. Apareció hace un par de días muerto en un parque de containers con

heridas profundas de un arma de tipo militar. Igual vosotros sabéis algo del tema. — María pareció ponerse pensativa.

— Hay mucha gente que trafica con ese tipo de material y nosotros no somos uno. Las armas son un negocio demasiado sutil para la gente de acción como mis chicos. Tal vez deberías preguntar a alguno de los orientales. Se mueven más con ese tipo de cosas.

— ¿Y Trish, una chica que trabaja con vosotros? Mi víctima había estado con ella los últimos días.

— Sinceramente, ni idea. Le damos la mercancía y ella hace el resto. No nos preocupamos por detalles menores, con que el dinero esté en la mesa a final de semana nos vale. No hacemos preguntas.

— ¿Sabes dónde puedo hablar con ella?

— Sin problema, pero te aviso, si le pasa algo, consideraré que eres la culpable de su malestar y tomaré medidas. Espero que no tenga que pasar, pero negocios, ya sabes... — Una dirección llegó inmediatamente a la cabeza de Nina y quedó registrada en su ordenador personal. — ¿Necesitas algo más para seguir jugando a los detectives?

— Por ahora todo bien, gracias. Espero que nos veamos pronto.

— Yo no.

Nina salió del bar dejando la copa intacta encima de la mesa. Comenzaba a atardecer. Despachó a su guardaespaldas y mientras escuchaba los últimos temas de una banda rock en sus implantes de audio, se puso de camino al centro de la ciudad.

Era noche cerrada cuando Trish, una afroamericana de buena estatura y corpulenta apareció doblando la esquina del edificio en el que vivía. Era cerca de las presas, por lo que la brisa nocturna se mezclaba con el apestoso olor de las aguas que corrían metros más abajo.

Andaba rápido y cuando Nina apareció en su portal, pegó un brinco y sacó una navaja. La investigadora mantuvo la actitud más serena que pudo.

— Tranquila, no busco problemas. Estoy investigando la muerte de un cliente tuyo, Carlos González. No vengo para detenerte ni por ningún tema de drogas, no soy un agente de la ley.

Trish guardó la navaja en el bolsillo de una chaqueta de plástico reforzado y juntas entraron hasta su portal, espantando algunas ratas de buen tamaño y esquivando a un par de mendigos que habían logrado colarse en el edificio. La residencia de Trish era un cubo de tamaño medio y parecía haber reforzado puertas y ventanas, aunque los materiales no eran de calidad. Había varias armas de buen calibre en el interior, junto con sus cajas de munición, así como drogas y equipo médico. Se sentaron en una mesa a hablar.

— No tengo nada que ver con su muerte y lo nuestro no era un asunto de drogas, estaba limpio de todo. Me estaba ayudando o yo a él. Un día dejó de venir a nuestras citas y la noticia apareció más tarde. Imaginé que podría pasar algo así. La curiosidad de Nina estaba desbocada. Por primera vez en esta investigación, parecía que no se había dado de bruces contra un muro.

Mientras hablaban, Trish tomó unas gotas de un pequeño frasco de plástico, algún tipo de antidepresivo según la etiqueta que Nina había podido leer.

— ¿Y en qué andaba metido? Nadie que lleve una vida tranquila acaba así.

— Progreso estaba detrás de él. Le asignaron a un proyecto nuevo, aunque nunca me dijo de qué iba exactamente, lo fui deduciendo con el tiempo. Niños.

— Sí, Progreso tiene una línea de bebés de diseño, no hay nada malo en eso.

Una sombra cruzaba el rostro de Trish.

— No, experimentaban con niños. Niños

robados. — En ese momento, Nina apagó la grabadora de su implante óptico y borró los datos de los últimos cinco minutos.

Envío un informe a Progreso pidiendo una revisión, alegando que los implantes ya tenían tiempo y comenzaban a fallar.

Miró a la puerta. Suficientes películas de detectives habían enseñado a la investigadora que este era el punto en el que un equipo de contención entraba por la puerta y las detenía, o peor, descargaba una salva de munición perforante

sobre ellas y hacían que pareciese un lío de drogas y armas, algo que en ese piso iba a ser extremadamente fácil. Pero de momento, la puerta se mantenía en su sitio.

— Entiendo el escándalo que puede suponer, pero, al fin y al cabo, son su producto. Si desean usar ejemplares en mal estado para otras pruebas... no hay nada que podamos hacer. Seguramente su departamento legal lo tenga todo perfectamente cubierto.

— No, escúchame. Niños ajenos. Los roban. Se los compran a sus madres, lo que sea. Pero niños puramente biológicos. Carlos decía que eran especiales, que ellos fabricaban productos en serie, pero la genética es caprichosa y en el exterior, fuera de las bolsas de desarrollo, a veces ocurrían pequeños milagros que para Progreso podían ser muy lucrativos.

Nina escuchaba atentamente, intentando atar cabos.

— Entonces, Carlos fue asignado a este proyecto y tras observar los archivos de la investigación, ¿amenazó con contarlos?

— No fue asignado. Era un don nadie en esa empresa. Progreso imaginó que la mejor forma de proteger esos archivos era ponerlos en un espacio dentro del servidor de un chupatintas que no comprendería de lo que hablaban, en caso de que lograrse acceder a ellos.

— Pero Carlos contrató a un hacker

— Sí. Me contó que haciendo revisión encontró una carpeta extraña en su servidor y no pudo acceder a ella. Con miedo de que lo acusaran de algún tipo de espionaje, contrató a un hacker externo para eliminarla si era un virus o algo similar que estuviese recogiendo de sus archivos. Lo que encontró en el interior pues... le valió la muerte.

— Y según tú, Progreso lo mató. O mandó a alguien hacerlo.

Trish tomó un par de gotas más.

— Eso creo, sí.

— Pero no tiene sentido. — Nina volvió a sentirse perdida después de todo lo que había avanzado. — Si Progreso hubiese ordenado su asesinato, ¿para qué

me encargó la investigación? A menos que ellos no lo mataran y alguien quisiera la información del proyecto. Todos los datos habían sido borrados cuando revisé sus archivos... ¿Alguien más sabía de todo esto? ¿Alguna empresa rival que quisiese los datos de la investigación para la competencia, algún medio que quisiese publicar la información y hundir a Progreso? ¿Y el misterioso hacker?

— Si Carlos habló con alguien, no me lo dijo. Respecto al hacker, si Progreso hizo bien su trabajo, seguramente esté ya muerto o haya desaparecido. Y tú deberías cuidarte. Por si acaso. Lamento no poder contarte mucho más...

— Trish, has hecho más que suficiente. Muchas gracias por todo. Y por favor, cuídate tú también.

Mientras la noche avanzaba, Nina comenzó una búsqueda en las redes sobre todo lo que tuviese que ver con niños robados en los últimos meses.

Las búsquedas, en su mayor parte, fueron destinadas a foros privados en los que algunas mujeres hablaban del tema y contando cómo sus hijos eran secuestrados en la noche o cuando volvían a casa de alguna de las escuelas públicas financiadas por algún conglomerado corporativo. Nina descargó fotos y datos de todas las criaturas desaparecidas y los almacenó en su base de datos interna mientras caminaba hacia la sede de Progreso.

Productos de clase alta

— ¡Señorita Walcott! Nos sorprende verla aquí a estas horas de la noche. — Una recepcionista, más parecida a una muñeca creada con horas y horas de bioescultura avanzada que a una persona recibió a Nina en la entrada mientras se echaba su pelirroja melena hacia atrás.

Una oleada de feromonas aplastó el aire a su alrededor. Si hubiese llevado una dosis de subidón en sangre, se hubiese tirado sobre ella en ese instante.

— Vengo por trabajo ¿Sabes si tengo permiso para acceder a las bolsas de crianza? — La joven comenzó a teclear mientras buscaba.

— Bueno, algo se puede hacer, pero me temo que debe ir acompañada por alguno de nuestros genetistas y no tiene permiso para tocar a ninguno de los productos.

— Con eso me basta, muchas gracias. — Los músculos de Nina hicieron que sonriera a la recepcionista sin ella querer. Putas feromonas, pensó.

— Entonces vaya bajando y uno de nuestros genetistas estará esperando abajo ¡Bienvenida al Progreso!

Nina caminó por el lobby de la corporación hasta el ascensor que llevaba a las plantas inferiores: laboratorios, salas médicas, desecho de residuos... Los niveles superiores estaban destinados a las salas de juntas, residencias de corporativos de alto rango, despachos... lo que estaba alejado de la mugre. En el lobby, algunos corpos estaban sentados en la barra, consumiendo bebidas de todo tipo o drogas que no estaban mal vistas de cara a la sociedad.

Como siempre, algunos hombres y mujeres de compañía estaban de pesca, dejando brillar los tatuajes led y desatando todos sus encantos. Las plantas modificadas crecían en el interior dentro de elegantes macetas y árboles tipo bonsái decoraban el centro del espacio. Un hilo musical tranquilo y relajado dominaba el ambiente. A Nina le pareció reconocer a Anu, una mujer india que trabajaba como contacto para una familia aristócrata cerrar negocios en una

mesa cerca de la puerta, pero con la cantidad de implantes que se ponían los hindúes hoy en día, era difícil reconocer si realmente era ella. La poca luz de luna que se colaba tras las nubes rojizas se deslizaba suavemente por las ventanas de cristal que decoraban la parte alta del lobby, aunque era difícil apreciarla entre las grandes pantallas publicitarias que anunciaban nuevas líneas de productos.

Al llegar al ascensor Nina acercó su muñeca al lector de códigos y pudo descender hasta los pisos inferiores. Tras algo menos de un minuto bajando, las puertas se abrieron y fue recibida por un científico en bata blanca. Las piernas y los brazos, pulidos con un brillo metalizado, dejaban asomar las diferentes ranuras para herramientas y pantallas que necesitaban en su trabajo.

— Nina Walcott, ¿no? Soy Horacio 115. Bienvenida a las cámaras de desarrollo. Nina y Horacio echaron a andar por un alargado pasillo mientras la temperatura iba descendiendo.

— ¿115? Un producto de Progreso, imagino.

— Exactamente. Ya sabe, nosotros, los pocos elegidos. He de admitir que estoy orgulloso de la línea de producto que me desarrolló. Mejor que los simples humanos. Sin ofender, señorita Walcott.

— No me ofende, tranquilo 115.

El producto sonrió.

— ¿Es la primera vez que visita nuestras instalaciones, no? Espero que disfrute de la visita.

— Así es. La verdad es que nunca me ha llamado la atención todo el proceso que realiza la corporación aquí abajo. Yo vengo de un lugar en el que los niños se siguen haciendo por amor o accidente, no seleccionando óvulos y esperma y luego alterando todo el producto.

— Bueno, los medios convencionales tienen un encanto romántico admirable. El peso de la tradición ya sabe. Sin embargo, poco eficientes.

Nina no dijo nada. Llegaron al final del pasillo y entraron en una sala estanca.

— Si fuese tan amable, señorita Walcott, deje ahí sus armas y sus posesiones personales. Vamos a proceder a una ducha de desinfección.

Obedeciendo, Nina dejó su Jasper, la munición, cinturón y chaqueta de uniforme en unas ranuras abiertas en la pared que simulaban minimalistas cajones metálicos. Se cerraron poco después y las puertas se sellaron. Una ducha de vapor con olor a productos químicos cayó sobre ellos, seguida de una ráfaga de aire templado. Las puertas se abrieron con un chasquido, dejando a la pareja acceso a una amplia sala de luces pálidas, con una temperatura agradable. Un latido rítmico llenaba la habitación.

— Falsas pulsaciones. Ayudan a los productos a estar tranquilos, relajados. Favorece el desarrollo.

Colgados en bolsas semitransparentes de polímero plástico, una serie de veinte fetos humanos, bastante desarrollados ya, reposaban dentro de un fluido transparente—anaranjado. Delicados tubos, bolsas de nutrientes y plasma, sensores y válvulas, una red de soporte vital compleja aseguraba la supervivencia de los fetos en desarrollo.

Junto a las bolsas, una pantalla virtual ligera mostraba los datos de crecimiento, las cualidades favorecidas, los rasgos eliminados, el precio total y los compradores.

A Nina aquello le parecía tan inmoral como asqueroso. Mientras ella activaba el reconocimiento facial de sus ojos, que comenzaron a brillar con un suave parpadeo rojo Horacio 115 seguía, emocionado, su explicación.

— ... Aunque es cierto que Progreso no dedica a la creación de nuevos humanos aumentados la totalidad de sus recursos, es una línea bastante importante de la viabilidad de la empresa. La lista de espera es larga y algunos compradores llevan esperando varios años el producto. Tal vez seremos más lentos que la naturaleza, pero realizamos un trabajo bastante mejor.

Se pararon cerca de una bolsa, en la que un feto de piel morena se chupaba el dedo pulgar tranquilamente con los ojos cerrados, en posición fetal. Nina se percató de un suave hilo sonoro que mezclaba música tranquila con sonidos

reales, como ruido de motor, lluvias y tormentas, fragmentos de conversaciones aleatorias...

— Este producto, por ejemplo. Sus compradores son dueños de una importante empresa de energía solar y están teniendo grandes problemas con las indemnizaciones de sus trabajadores más veteranos. Demasiadas horas de exposición al sol causan quemaduras de todo tipo, generan cánceres, ese tipo de inconvenientes. A este producto se le ha mejorado la producción de melanina, la fuerza muscular, parte de la secuencia genética para evitar formación de células cancerígenas... Es un buen producto. Si funciona adecuadamente fabricaremos alguno más, lo que los convertirá en excelentes capataces de las cuadrillas de trabajo.

Nina siguió a Horacio 115 a través de las bolsas, con la sensación de que estaba de invitada en un útero muy grande y no era bienvenida allí.

— O, por ejemplo, este producto — Nina leyó la etiqueta. Vanesa Martín. — Simples mejoras cognitivas, físicas y sociales. Estará lista en una semana y tendrá todo el futuro por delante. El que quiera, pero tendrá una excelente ventaja en un mundo altamente competitivo como el nuestro. Investigadora, atleta de élite, líder social...todo es posible. Con un poco de bioescultura será una absoluta belleza. Estoy deseando ver en qué llega a convertirse.

Había algo en el fondo de las palabras que salían de Horacio 115, como si realmente el investigador tuviese un cariño personal hacia los niños, o productos, que fabricaba en aquellos laboratorios. Nina no pudo evitar preguntar.

— Pero todos ellos poseen una personalidad, ¿no?

Horacio siguió caminando por la red de pasillos que se desplegaba en el interior del almacén.

— Por supuesto, los programas de condicionamiento psicológicos nada tienen que ver con los servicios que ofrece Progreso. Nosotros sólo creamos mejores individuos para mejorar esta sociedad. O una parte de ella, al menos. Pero si lo desea, señorita Walcott, puedo recomendarle alguna empresa amiga que realice estos servicios. Por su ficha, tengo entendido que consume usted con frecuencia

drogas callejeras. Podríamos ayudarla con eso y en un par de sesiones, las rechazaría totalmente.

— Muchas gracias por la oferta, pero no estoy interesada. Me gustan las cosas al estilo de la vieja escuela, fuerza de voluntad y goma de mascar. O a la desesperada, filtros de toxinas.

Horacio sonrió, como si ella le hubiese contado algún chiste. La vieja escuela, sí, murmuró mientras seguía avanzando.

Los análisis de Nina no dieron con ninguno de los críos desaparecidos. La duda que asaltaba ahora su cabeza era peor. ¿Qué había ocurrido con aquellas criaturas? Sutilmente, Nina continuó con su interrogatorio.

— ¿Y el material genético? Por lo que yo tengo entendido, es un proceso simple para el que sabe. Se potencian unos genes por encima de otros, se eliminan los indeseados como enfermedades hereditarias... pero todo proviene de los progenitores, ¿no es así?

— Fue así durante muchos años, pero con el tiempo, nuestros clientes comenzaron a pedir productos más especiales, con unas características muy concretas. Ya sabe, rubio de ojos azules de una combinación genética francamente difícil de potenciar, o cualidades atléticas de progenitores que, por capricho de la naturaleza, no estaban especialmente dotados para ello... Hubo que conseguir muestras más amplias y mejores para satisfacer las demandas del mercado.

— ¿Y de dónde salía el nuevo material?

— Muy generosamente, Progreso comenzó a comprar muestras de sangre, médula, tejido cerebral a aquellos fallecidos, y a todas las personas que deseaban someterse a las pruebas y daba un perfil óptimo. Ya sabe que pusimos varios puestos de análisis y compra por la ciudad, facilitando mucho la vida de familias y personas de la zona.

Nina recordaba haber visto aquellas estructuras efímeras que de vez en cuando inundaban las calles y en cuyas colas la gente de todo tipo se dejaba clavar agujas de diferentes tamaños para ser recompensadas, si todo iba bien, con algo

de dinero por sus muestras y si no, con un fuerte dolor en el cuerpo los días siguientes.

— Sí, es cierto, lo recuerdo. Nunca fui.

— ¡Pues es una lástima! Seguro que posee usted excelentes genes y podríamos darle una buena suma. Es de fuera de la Meseta, lo que siempre ayuda a incrementar la variedad genética. Yo mismo estaría encantado de hacerle los análisis, si lo desea.

— De momento no, 115. Estoy de servicio.

— Ah, es cierto, es cierto, investigando la muerte del contable ¿avanza en su investigación?

— Bastante menos de lo que me gustaría ¿Tienes alguna información que pueda ser útil a la compañía, 115?

— La verdad es que no puedo ayudar en este asunto, señorita Walcott. Mi vida transcurre aquí abajo, cuidando del buen desarrollo de los productos y ya veo que trabajó en exclusiva soledad. Lo que ocurre en las plantas superiores no es asunto mío y mientras mi nómina llegue a tiempo y la financiación de este proyecto siga estable, no tendré interés en ver qué ocurre.

Horacio 115 tenía razón y Nina tardó en asimilar que, a lo largo de su visita, no se habían cruzado con nadie en la suave penumbra de la cámara de desarrollo.

— Pero Carlos llevaba la contabilidad de la empresa y, por tanto, la de este proyecto. Puede que tuviese datos de interés para otros investigadores o competidores de Progreso ¿Sabes de alguien que pudiese estar interesado en conseguirlos?

— Señorita Walcott, aunque eso fuese posible, se necesitaría una verdadera fortuna para replicar el proyecto que tenemos aquí abajo. Eso sin contar el talento de los excelentes investigadores que, como yo, hemos ayudado a crearlo. Nina intentó tirar de ese hilo. Al final, si algo sabía, es que el ego y fanfarronear era una debilidad que a veces hacía a la gente hablar más de la cuenta.

— La verdad es que tengo que felicitarte, 115, es absolutamente maravilloso lo que hacéis aquí abajo. Reconozco que me considero una sentimental de los

viejos valores, pero no por ello debo negar que todo el trabajo que se realiza aquí es una verdadera obra maestra. — Se fijó en cómo 115 sonreía con orgullo.

— Muchas gracias por el aprecio, señorita Walcott. Y lo que queda por venir será aún más asombroso. Imagino que ya habrá visto los anuncios de la nueva línea que abriremos en breves y la verdad es que yo estoy sorprendido de la calidad de esos productos. Aunque todavía les queda mucho tiempo de formación, la materia prima es excelente.

— Los genes, ¿dices? ¿Mejores donantes?

— Totalmente nuevos y de una calidad asombrosa. Humanos como esos nacen pocos en la Meseta cada año y cada vez que encontramos alguno, Progreso entrega una excelente suma por su materia genética.

— ¿Alguien se ha negado?

— De momento, que yo sepa, nadie. Pero todo eso queda fuera de mi competencia. Los cazadores de genes, como gustan llamarlos, trabajan bajo la supervisión de otro departamento.

Nina dio una última vuelta por la bolsa, intentando aparentar interés en la criatura que se cultivaba en su interior. Después, pidió amablemente a Horacio 115 que fuese con ella hasta la salida y tras recoger sus cosas, salió hasta el lobby del hotel. Ya ni siquiera la luz de la luna se colaba por los ventanales del vestíbulo.

Interludio

Al tirar la ropa en el suelo y lanzarse sobre la cama después de una relajante ducha de agua fría, Nina sintió que no se iba a levantar nunca más. Terminó de repasar sus últimos mensajes y descartó varios pretendientes de una conocida red de citas antes de irse a dormir. No puedo evitar mirar su cuenta bancaria, que de momento seguía en números verdes. Aquella noche, con la sensación de que las cosas habían avanzado un poco, durmió tranquila.

Un día agitado

Ni siquiera comió su ración diaria gratuita cuando llamaron a la puerta. Salió corriendo a toda presa, enviando mensajes a todos sus contactos, tanto en la calle como en círculos criminales o corporativos para ver si alguien sabía algo, lo que fuese, sobre esos cazadores de genes. Sabía que la búsqueda iba a tardar un rato, así que decidió echar las primeras horas de la mañana, antes de que el sol azotase la ciudad, paseando y poniendo en orden sus pensamientos. La gran pregunta, la que de verdad torturaba su cabeza, era clara: ¿Quién había matado a Carlos González? Todas las pistas indican a Progreso. Al fin y al cabo, su víctima se había convertido en una persona que sabía demasiado de un proyecto con serias implicaciones legales para la empresa. Sin embargo, su contratación para investigar la muerte no tenía sentido, a menos que Progreso creyera que había borrado las huellas excelentemente. Pero no, Nina pensaba que había demasiados cabos sueltos y eso no es algo que una empresa como Progreso se tomase a la ligera. Tenía que haber más. Por otra parte, el espionaje industrial era una opción, pero si alguien tuviese esa clase de información sobre Progreso, estaría en las redes desde hace días. Ningún medio de la ciudad se hubiese resistido a publicar semejante noticia nada más cayese en sus manos. La persona, o las personas que acabaron con la vida de Carlos debían tener un motivo especial, o si trabajaban para Progreso, puede que se les fuese la mano. Demasiadas incógnitas.

Aprovechando su (por el momento) abultada cuenta bancaria, Nina desayunó en uno de los puestos callejeros que se expandían a lo largo de la Calle Mayor. Café de mala calidad y carne de rata de presa, tratada y con fuertes especias para esconder el sabor a aguas podridas, un menú que, a pesar de su poca calidad culinaria, estaba lejos del alcance de muchas personas en la ciudad. Varios puestos de joyería e implantes estéticos llamaron su atención, pero Nina se alejó de ellos con cabeza, intentando no gastar demasiado rápido el poco dinero que

había conseguido. La búsqueda avanzaba más lenta de lo que ella esperaba y ni siquiera Bit, su fuente principal de datos parecía hacer mucho caso a sus mensajes. Seguramente el hacker estuviese ocupado con algún negocio personal, o vigilando el estado y mantenimiento de sus servidores. O noqueado en el suelo. Con Bit, todas las opciones eran posibles.

Para acelerar el trabajo, Nina se sentó en un banco a la sombra de una lona de plástico anaranjado mientras los miembros de una banda latina local, poco agresiva y más centrada en la juerga y las drogas que en la violencia bebían latas de alcohol barato sentados en el banco de enfrente. Con potentes altavoces, ritmos tropicales con fuertes bajos llenaban la calle.

Jugaban a los dados y los lanzaban ágilmente sobre el pavimento que comenzaba a calentarse mientras la luz solar empezaba a ascender entre los edificios. Balas, tarjetas de contactos, crédito y algunos implantes, seguramente robados, eran depositados en el suelo mientras recogían y lanzaban rápidamente los dados con sus manos tatuadas o sus dedos metálicos, oxidados ya por la falta de buenos materiales o el paso del tiempo. A Nina no le gustaban ese tipo de diversiones, que solían acabar, depende de quién se sentase alrededor de la mesa, con un tiroteo y acusaciones de trampas y amaños. Si las cosas estaban más relajadas, puñetazos o navajas. Pero sí, si las cosas se calentaban lo suficiente, no hacía falta que demasiado, alguno de los participantes estaba una hora más tarde enterrado bajo los invernaderos de Campo Grande, sirviendo como abono a una mata de fresas transgénicas. Siguió a lo suyo, esperando no ser molestada por sus nuevos vecinos y para evitar interferencias, proyectó ruido blanco en sus implantes de audio, cerrando sus oídos al murmullo exterior. Nina siempre ponía el sonido del mar, gaviotas, las olas rompiendo contra las rocas. Lo echaba de menos.

En las redes, las noticias sobre personas que desaparecían y no volvían a ser vistas, o reaparecían con extrañas marcas en la piel de agujas y otras herramientas quirúrgicas no eran muy comunes, por lo que Nina tuvo que rebuscar durante páginas y páginas de foros, chats y comunidades de todo tipo.

Al final, acabó encontrando una grabación, de baja calidad y dañada en algunos segundos. Activó los implantes de realidad aumentada y se sumergió de lleno en la experiencia, esperando que no fuese demasiado dolorosa.

La boca sabía a sangre. Respiraba con dificultad y sentía el corazón bombeando a toda potencia, como si fuese a salirse de sus costillas. Por el torrente sanguíneo corría una droga excitante, puede que de combate o similar, Nina no lograba reconocerla. No la había saboreado, pero sentía una energía que no era normal. Los pinchazos en la cabeza, repetitivos cada minuto, indicaban que los editores de dolor estaban trabajando a pleno rendimiento. Miró hacia el pecho: la camiseta de una banda de punk local ensangrentada y un agujero de bala. Buen calibre. Seguía corriendo, empujando a peatones y esquivando los pocos coches que se cruzaban en su camino. Miraba hacia atrás de vez en cuando, buscando a sus perseguidores, pero no había nadie. Dobló una esquina y se quedó allí, respirando, intentando no llamar demasiado la atención mientras varios bidones oxidados se interponían entre él y la calle principal. Un pequeño callejón. Nina lo vio claro, menuda ratonera. El joven siguió caminando, con la mano en el pecho, deteniendo la hemorragia.

Las sombras del callejón podrían ser útiles, pero no le esconderían de nadie que usase visión térmica. Aceleró el paso, mirando atrás cada pocos metros. Un balcón abierto podía ser una salida aceptable. Comenzó a trepar. De la punta de los dedos, unos clavos afilados y densos, carbono o un material similar se clavaron en la pared de chapa metálica y ladrillo desgastado.

Unos pocos metros hacia arriba. Detrás suyo, un disparo. Nina sintió un calambrazo en la espalda y después, se precipitó al vacío. Tardó unos segundos en caer, pero se le hicieron eternos.

Después, un golpe seco en todo el cuerpo y los últimos coletazos de la munición shock. Intentó levantarse. Un segundo disparo. Todo el cuerpo de Nina se revolvió en el banco. Mirando hacía arriba una pierna metálica se posó sobre su caja torácica. Los editores de dolor estaban al límite.

Tuvo ganas de desconectar, pero la curiosidad era más fuerte. Necesitaba todos los detalles y un simple vídeo no sería suficiente.

Un hombre y dos mujeres, bastante modificados, hacían presión sobre el cuerpo. Encapuchados y con abrigos largos. Sin identificación. Una de ellas comenzó a sacar de su brazo instrumental médico y bolsas de sangre.

— ¿Ponemos anestesia, Ice?

— No tenemos tanto tiempo, hemos llamado mucho la atención. — El desconocido insertó un nuevo cargador en un pequeño subfusil negro.

La mujer obedeció. Sintió un corte profundo en el brazo y la sangre comenzó a gotear sobre la bolsa de plasma. Una vez llena, se cerró herméticamente y fue guardada en una mochila marrón oscuro. Le cerraron la herida con un spray médico. La piel ardía. Con una fuerza sobrenatural, el hombre arrastró el cuerpo hasta la calle y lo dejó apoyado en un muro, cerca de la carretera. Las afiladas garras de la mano izquierda rasgaron el cuello de la chaqueta. Después, un par de motos, discretas, se pararon frente a ellos. El trío saltó encima y desaparecieron en la noche. Los editores de dolor se sobrecargaron y Nina sintió como el sistema nervioso se le abrasaba.

Comenzó a vomitar en el banco mientras la luz solar seguía ascendiendo.

Advertencia

Tardó varios minutos en recuperarse de la experiencia. Hubiese pagado una millonada por un poco de aire limpio en los pulmones, pero se conformó con lo que había. Se quitó la chaqueta del uniforme corporativo y echó a andar bajo la preocupada mirada de los latinos. Por lo menos, caminaba por su propio pie. Ningún mensaje de Bit. Las redes, tranquilas, no ofrecían tampoco una solución clara. Ice. Recordó ese nombre y comenzó a buscar. Un fantasma que solo tenía cara en lo más profundo de las redes criminales, por lo visto. Andando rápido se encaminó hacia El Cruce. Seguramente ese nombre tuviese más peso allí que en otro lado, por lo menos en los lados en los que ella se movía.

A estas horas de la mañana el Cruce estaba muy tranquilo. Pocas personas en las mesas y tras la barra Bel, limpiando incansablemente vasos y ordenando botellas. Nina fue directamente hacia ella.

— “¿Sabes algo de un tipo llamado Ice? De momento es la mejor pista que tengo para mi caso. — Había una expresión ligeramente molesta en el rostro de la camarera.

— “Uy buenos días, Nina yo también me alegro de verte, claro que he pasado buena noche.”

— “Venga, es urgente”. Con una mirada tierna, intentó ganarse de nuevo a su vieja amiga.

— “A ver... no deberías meterte ahí. Es casi un ciberpsicópata. Venía por aquí hace meses y luego comenzó a trabajar con una banda que se reunía en La Catedral.”

— “El bar de El Conde?”

— “El mismo ¿qué pasa con él? Esa gente es realmente jodida, Nina”

— “¿Qué sabes de ellos? Creo que secuestran gente. Adultos y niños. Y creo

que Carlos lo sabía y sabía quiénes eran. Y creo que por eso acabaron con su vida, aunque no tengo claro si Progreso tuvo algo que ver.”

— “A pesar de que son gente con recursos, intentan mantener un perfil bajo. Hacen de todo. El Conde tiene contactos. Pero no se dedican al secuestro ni nada así. Espionaje industrial, sabotaje, asesinato... eso es más su estilo. Algunas élites tienen tratos con él por asuntos de genética, pero no hay mucho del tema en las redes públicas — Nina recordó el vídeo. Es verdad que su víctima estaba en buen estado, solo habían sacado una muestra pequeña. — ¿Y qué piensas hacer ahora? No creo que consigas una confesión de ellos. Y de verdad Nina, no deberías ir a la Catedral y presentarte allí haciendo preguntas.”

— “No tengo ni idea, pero necesito cerrar esto. Y si Progreso está secuestrando personas y niños para terapias genéticas... Creo que debería hacer algo.”

— “Nina, mírame. — Había una expresión de derrota en los ojos de Bel. — No hay nada, y de verdad te lo digo, nada que puedas hacer. Están cubiertos por todos lados y si se enteran de que sabes algo y te consideran un peligro, seguramente acabes en el fondo del río o vendida a piezas. No acabes así. — Nina no sabía que decir. Esa posibilidad era demasiado real.

— “Tienes razón, supongo. Gracias por todo, Bel.

La chica saltó tras la barra. Se fundieron en un abrazo y tras un beso en la mejilla, sincero, Nina salió del bar.

Una hora más tarde, mientras cruzaba las puertas de la Catedral, sintió un escalofrío.

La Catedral de las Almas Perdidas

Una luz artificial ilumina el local. Brillantes colores, provenientes de las vidrieras cuidadosamente restauradas de viejas iglesias castellanas se mezclaban con el humo del tabaco y los gases que los disipadores de calor de dos miembros de la Iglesia de la Divina Ascensión expulsaban mientras debatían apoyados en la barra. No consumían nada. Frente a ellos un hombre de edad incalificable, anciano, pero con demasiada vida en la piel y en los ojos jugueteaba con unas afiladas garras que dejaban muescas en la barra. De vez en cuando, se arreglaba el traje, un tres piezas de color oscuro que resaltaba con una corbata roja. Parecía entretenido con la conversación y sus ojos iban de un lado a otro, como el que ve un partido de tenis, mientras echaba sorbos a una copa rellena de un fluido acuoso y carmesí.

Al fondo, tres hombres estaban sentados en una mesa circular, bebiendo en silencio. Los implantes externos, ojos rojos y redondos en pares de dos, brazos y piernas cromadas en metálico y azul oscuro, antenas de sensores en la parte trasera de la cabeza y afiladas garras sobre la mesa daban al grupo un aspecto intimidante, pero no era lo peor que Nina había visto. Al fin y al cabo, llegaba un punto en el que todas las bandas criminales parecían iguales. Sin embargo, al igual que el Conde, todos presentaban una edad extraña, que no podía calcularse a simple vista, con rasgos que parecían ancianos y otros de adolescente. Al verla llegar, el camarero abandonó la conversación y se dirigió hacia ella. Hablaba con una voz suave, pero profunda, cuidando bien sus palabras y sus expresiones faciales.

— “Muy buenos días, persona desconocida. Bienvenida a mi morada. — Se dio la vuelta para observar la hilera de botellas que se encontraban detrás. — ¿Qué podemos servir a tan bella mujer en esta calurosa mañana?”

— “Agua fría, filtrada”

— “Tenemos la mejor”

El Conde sirvió un vaso alto y lo llenó hasta arriba.

— “A la primera invita la casa. Y cuéntame, ¿qué trae un alma nueva a La Catedral? Buscando trabajo claramente no, veo que estás bien servida.”

— “Así es. Pero vengo por motivos de trabajo. Estoy investigando la muerte de uno de los trabajadores de la compañía y me gustaría poder aclarar el asunto cuanto antes.”

— “Me encanta Progreso. Mi familia ha trabajado con ellos desde hace años y estaré más que encantado de colaborar. ¿Qué necesitas, desconocida?”

— “Nina Walcott.”

— “Muy bien, ¿qué necesitas, Nina Walcott?”

— “Me gustaría saber si alguna de las bandas que controlas mató a uno de los trabajadores de la compañía.”

El Conde sonrió, pensativo.

— “Puede ser, puede ser. La verdad es que no tengo control sobre lo que hacen mis chicos y a veces son bastante descuidados. Vamos a ver.”

Alzó la voz hacia la mesa del final.

— “Ice, Nene, Rat. Algo de un corpo de Progreso muerto hace unos días. Igual os suena.”

Al fondo, los tres hombres levantaron la vista de sus vasos. El de los cuatro ojos rojos y las antenas sobre la cabeza respondió.

— “Puede ser, Conde... ¿sabemos algo?” Los ojos rojizos brillaron con la luz que entraba a través de las vidrieras.

— “Tal vez deberíamos facilitar el trabajo a Nina Walcott y ofrecerle toda la información de la que disponemos.

— “En ese caso...”

Silver Nene se entrometió en la conversación.

— “Si, le balearon ante nuestros ojos cuando habíamos quedado con él. A ver, lo íbamos a hacer nosotros, teníamos ya el dinero en la cuenta y todo. Pero bueno, nos ahorraron las balas, ya sabes. — Nina le miró, dudosa.

— “¿Qué arma utilizaron?”

— “No recuerdo, Ice, ¿tú recuerdas?”

Después de un par de sorbos, el hombre alzó la vista y respondió. La mitad derecha de la cara estaba escondida tras una máscara de piel artificial, que, aunque de buena calidad, dejaba ver las marcas de fábrica.

— “Un Diseño XV con el cañón recortado. De contrabando y de mala calidad. Seguramente algún lote militar defectuoso que habría llegado de contrabando.”

A Nina aquello le encajaba más.

— “¿Y quién disparó?”

Silver Nene respondió rápido.

— “Una mujer, echa una hidra. Ya sabes, prima, la furia de una mujer... Algo de que le había robado a su niño ¿pero qué podía haber robado ese, si era un mierdas. Seguro que no cogió una pipa en su vida, ¿eh?”

— “¿Hay alguna foto de la mujer? Me gustaría verla, o si tenéis una grabación del momento, podría pagar por ella y cerrar el caso de una vez. Además... ¿Qué es eso de robar niños?”

El Conde alzó la voz desde la barra.

— “Hay alguna banda que secuestra niños. No sabemos para qué. No tratamos con ellos. Hay que tocar niveles muy bajos. Tenemos pocos niños naturales como para encima hacerles daño... con todo lo que se pierde...”

Nina miró extrañada al Conde. Volvía a estar perdida. Al segundo, una grabación desde la vista de Rat llegó al servidor interno de Nina.

Comenzó a reproducirla.

Era de noche. Nina reconoció el parque de containers. Carlos García estaba al fondo. En la mano llevaba una mochila, tela reforzada, ligera pero resistente. Parecía que esperaba a alguien, miraba a todos lados con nerviosismo. Llovía la misma lluvia ligeramente ácida que Nina recordaba aquel día. Desde la perspectiva de Rat, todo cobraba una visión rojiza-anaranjada. Veía las ondas de sonido y el calor en la HUD amplificadas de sus ojos. Carlos González estaba nervioso. La voz de Silver Nene se escuchaba detrás de él. Estaban en una posición elevada.

— “Hazlo ya, primo. No tenemos toda la noche. Tengo una amiga esperando en casa y no me gustaría perder la buena racha.”

Rat se mantuvo en silencio mientras sus manos se aferraban al gatillo de un rifle de asalto apoyado en un trípode. Una mujer dobló la esquina.

— “Mierda — Silver Nene saltó del techo del container. Los muelles neumáticos de sus piernas absorbieron todo el impacto.

Desenfundó una navaja y se acercó sigilosamente hacia la mujer.

Rat seguía en silencio, apuntando. Por la mirilla, vio a la mujer. De su chubasquero, desenfundó una escopeta y se acercó a Carlos González. Sin mediar palabra, descargó los dos disparos del cargador. Una lluvia de cuchillas afiladas lanzó al corpo varios metros por el aire mientras su ropa y su carne se iban convirtiendo en una extraña mezcla de confeti de ropa inteligente y carne cortada. La voz de Silver Nene saltó en el implante de radio de Rat.

— “¡La puta, hermano! — El latino se cubrió detrás de un coche, oxidado y sin ruedas y desenfundó una pistola con cargador extendido que salió de un compartimento de su pierna.

— “Espera, Nene. No hagas nada”

La mujer recargó el arma accionando el sistema de bombeo y lanzó una nueva descarga de metralla sobre el ya destrozado cuerpo del corporativo. Después, sin mediar palabra, se marchó corriendo de allí. La grabación terminó.

Nina tenía algunas preguntas, pero por lo menos había resuelto la primera incógnita que la perseguía desde hace días. Le mandó a Rat una cantidad generosa de dinero por su colaboración. Cuando el Conde observó que había vuelto en sí misma, le ofreció otro vaso de agua pura.

— “Lamentamos no poder ofrecerte nada más, Nina Walcott.”

— “Entonces no sabéis nada de esos niños.”

— “Nada. Pero la verdad, no creo que ese sea un asunto que preocupe a Progreso. Hablo mucho con conocidos de las altas esferas y la verdad, tienen bastante estima a la corporación y sus intereses son compartidos.”

— “No tengo ninguna duda de ello.”

Sin despedirse Nina salió del bar. De camino a casa, redactó un informe sobre el caso. Tenía a su culpable, pero todavía quedaban muchas preguntas sin respuesta. Por un lado, su moral estaba creando el impulso, casi incontrolable, de investigar todo lo que tuviese que ver con los niños desaparecidos. Si estaba involucrada, Progreso tenía que pagar, de alguna manera. Nina suponía, en lo más profundo de sí misma, que Horacio 115 sabía mucho más de lo que aparentaba. Aprovechó, también, a hacer una búsqueda sobre el Conde y los cazadores de genes. No eran de fiar, claramente. Por otro lado, sin embargo, sabía que seguir ese camino podría conducir su vida a una situación de la que no podría salir fácilmente y los dos vídeos que mostraban gente de ese mundo estaban llenos de sangre y violencia. Nina no quería acabar así.

Nina quería volver a casa. Quería volver al sabor salado en los labios tras un baño de agua fría, quería volver a la pesca con arpón, a las tardes en las que la brisa revolvía su pelo, todavía sin modificar, mientras su madre la llamaba. Quería volver a la niebla negra y oscura que se formaba a primera hora de la mañana e intentaba colarse por los filtros de los respiradores y las mascarillas. Quería volver a ver los Jardines de la Industria, las fundiciones y las extensiones de turba que se desplegaban durante cientos de kilómetros. Mas que querer, necesitaba volver a ver las largas chimeneas y sentir el calor de los altos hornos en su piel cuando pasaba frente a ellos para ir a su casa. Estaba cansada de los hoteles cubo, los containers metálicos, la comida prefabricada y el agua sucia. Y estaba cansada de ese polvo, de ese asqueroso polvo que se le pegaba a la piel, a la ropa y en los ojos en cuanto el viento se levantaba un poco.

Bit le envió el vídeo de vuelta, con la imagen de la mujer modificada para evitar los primeros filtros de reconocimiento facial. Una búsqueda en profundidad sacaría aquel rostro a la luz, pero Nina sabía que Progreso no estaría interesado en ello. Aquella noche, envió su informe. Media hora más tarde, comida real, caliente y recién cocinada en los fogones de algún restaurante de calidad estaba esperando en su puerta. La notificación de una prima por caso cerrado no creó en ella la sonrisa que esperaba, pero al menos era algo. Tirada en la cama, vio el

uniforme corporativo en una percha y sintió verdadero asco hacia el mundo en el que vivía.

Proyectada en el techo, la cara de aquella mujer, su expresión de odio, de dolor y de pérdida estuvo presente, temblando y parpadeando hasta que logró dormirse.

FIN



